

SAN IGNACIO DE LOYOLA

EDITORIAL
Atlántida
BIBLIOTECA
Billiken

ESTE LIBRO

Es el relato sucinto y ajustado de la vida de San Ignacio de Loyola, extraído en casi su totalidad de la excelente y popular biografía que del fundador de la Compañía de Jesús escribió su compañero y discípulo el Padre Pedro Rivadeneira.

Al resumir la vida de San Ignacio en los límites de este libro, no se ha hecho más que eliminar lo que hay de amplificador y exaltado en el estilo de casi todos sus biógrafos, dando a los hechos que tejen la recia historia del gran místico español su neto y claro relieve.

Podrá o no el lector comulgar en el credo cristiano o en cualquier otro credo positivo, o estar simplemente al margen de tan trascendentales problemas; pero cualquiera que sea su filiación en materia tan delicada no podrá negar a la figura de Loyola una poderosa intuición mística, una fuerza de voluntad y de carácter nada común y un raro espíritu de sacrificio, que acusan en el ascético luchador una calidad humana de primer orden.

SAN IGNACIO DE LOYOLA

BIBLIOTECA BILLIKEN
COLECCION VERDE

21 208

SAN IGNACIO DE LOYOLA

SEGUN EL P. RIVADENEIRA
y OTROS AUTORES

Síntesis biográfica
por
José Barbanza

ILUSTRACIONES DE
IBARRETA

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ATLANTIDA, S. A.
DERECHOS RESERVADOS.
HECHO EL DEPÓSITO
QUE EXIGE LA LEY.

Esta obra se terminó de imprimir en la Imprenta Frigerio, para la Editorial Atlántida, el día 14 de agosto de 1940.

I.

PRIMEROS PASOS DE IGNACIO

Iñigo de Loyola nació en el año 1491, en Azpeitia, villa de la provincia de Guipúzcoa. Fueron sus padres don Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola, señor de las casas solariegas de Loyola y Oñaz, y doña María o Mariana Sáez de Balda, ambos descendientes de muy nobles familias. Trece hijos nacieron de este matrimonio, cinco mujeres y ocho varones, de todos los cuales Iñigo o Ignacio, como más comúnmente se le llama, era el menor. Poco se conoce de la infancia de Ignacio, sino que era un muchacho inquieto y bullicioso, que demostraba en todos sus actos una gran tenacidad y valentía. Apenas entrado en la adolescencia, sus padres lo enviaron a la corte de las Reyes Católicos con el propósito de dedicarlo al ejercicio de las armas, lo mismo que a sus otros hijos, carrera que en aquella época

caballeresca y belicosa era la profesión casi obligada de los jóvenes nobles y en la que podían obtener fama y provecho. Por otra parte, Ignacio poseía excelentes condiciones para la milicia, por la que se sentía atraído en esos años mozos, pues era fuerte, arrojado, impetuoso y previsor al mismo tiempo.

En el año 1521, sitiada Pamplona por los franceses, se unió a los defensores de la plaza, los que, viéndose rodeados por un gran ejército y sin esperanzas de recibir ayuda, estaban a punto de rendirse, lo que consiguió impedir Ignacio animándolos con su palabra, con su entereza y con su actividad infatigable. Así hubieran continuado mucho tiempo resistiendo el asedio del enemigo, pese a que éste atacaba cada vez con más furia, si una bala de cañón, disparada contra el muro del castillo en que Loyola peleaba, no fuera a herirlo en las dos piernas, destrozándole la derecha y lesionándole, aunque levemente, la izquierda. Caído el valeroso Ignacio, los capitanes que dirigían la defensa de la ciudad perdieron la entereza, que estaba sostenida por el coraje y decisión de Loyola, y se entregaron a los sitiadores.

Los franceses trataron humanamente a los vencidos, especialmente a los heridos. A Ignacio, viéndolo en tan

mal estado y sabiendo quien era, lo hicieron atender por unos cirujanos, quienes le practicaron las primeras curas; y cuando lo creyeron mejorado, lo enviaron a casa de sus padres, acostado en una litera, que transportaron a hombros unos soldados españoles. Mas ya fuera por las penalidades del camino, largo y molesto, o ya porque los cirujanos no hicieran bien las curas, apenas el paciente llegó a la casa de Loyola, se le agravaron las heridas, siendo preciso llamar urgentemente a los médicos de Azpeitia. Estos manifestaron que los huesos de la pierna estaban fuera de su sitio y que había que practicarle otra operación, la que Ignacio soportó con tanto valor y entereza, que, según sus biógrafos, mientras los médicos operaban, cortándole la carne y extrayéndole las esquirlas, el paciente no profirió palabra ni hizo un gesto que revelara los atroces dolores que sufría. Después de la operación fué atacado por una intensa fiebre, llegando a un punto en que los médicos pronosticaron su deceso. Mas he aquí que, cuando todos esperaban el fatal desenlace, se notó en el enfermo una súbita mejoría, lo que se atribuye a la intercesión de San Pedro, por el que Ignacio sentía especial devoción, y aún se asegura que en aquella noche memorable se le apareció el Santo Apóstol.

Pasada la crisis y unidos los huesos, le quedaban dos deformaciones en la pierna: una era el encogimiento, por habérsele extraído veinte esquirlas, que no se podía remediar; otra, un hueso que le salía feamente por debajo de la rodilla. Era entonces Ignacio mozo arrogante y amigo de lucir. Por otra parte, tenía el propósito de continuar dedicándose a la carrera de las armas; para todo lo cual era un estorbo y fealdad aquel hueso que le sobresalía de la pierna. Considerando esto, preguntó a los cirujanos si podría cortarse sin peligro de la vida, a lo que contestaron afirmativamente, pero advirtiéndole que los dolores que sentiría serían tan agudos, que superarían en mucho a todos los que hasta entonces había soportado. No arredró esto al valeroso joven y mandó que se lo cortaran. Antes de comenzar la operación quisieron amarrarlo con unas cuerdas, para evitar que se moviera y retorciera de dolor, a lo que Ignacio se opuso, manifestando que no era propio de un ánimo esforzado. Dada la falta de analgésicos y los rudimentarios procedimientos de la cirugía de la época, la operación tuvo que ser dolorosísima; pero el paciente la soportó con tanta serenidad, que ni una sola vez mudó el color, lo que a todos llenó de asombro.

Completamente restablecido de las heridas, pero aún

debilitado por la larga permanencia en la cama, pidió, para distraerse, unos libros de caballería, a los que era muy aficionado. Quiso la Providencia, pues a la Providencia debe atribuírse este hecho que determinó la vocación apostólica de Ignacio, que no hubiera en la casa tales libros y que en su lugar le dieran uno de la vida de Jesús y otro que narraba vidas de santos. Empezó a leerlos, primero por pasatiempo, luego con interés y deleite, pues sentía que la lectura y el ejemplo de aquellas vidas entregadas a Dios y al bien de las almas, encendían en su espíritu luces maravillosas y hacían germinar en su mente pensamientos más elevados que los que sólo miran a los bienes terrenos. Durante muchos días estuvo sumido en profundas meditaciones, debatiéndose entre las atracciones del mundo, con sus brillos y pompas, y los goces, llenos de sacrificios y martirios, de la vida espiritual, hasta que, asistido por la Divina Providencia, que no abandonaba a su siervo, decidió entregarse totalmente a Nuestro Señor y ser uno de sus apóstoles. "En Dios todo lo pondré —decía—; pues Él me da el deseo, me dará también la obra. El comenzar y el acabar, es todo suyo".

Con esta determinación, se levantó una noche, como solía otras veces, y se puso a orar ante una imagen

de la Virgen. En esto se oyó una fuerte detonación, que hizo temblar toda la casa y que fué objeto de varias conjeturas. Algunos Santos la atribuyen al demonio, que al huir de la casa, desesperado porque se le escapaba aquella alma, produjo el estampido. Dicen otros que fué el Señor, que por tal medio manifestó a su siervo la complacencia que le causaba la entrega de su vida. Sea lo que fuere, no puede atribuirse más que a poderes invisibles, pues no existían causas materiales que produjeran la explosión. Otra noche, estando Ignacio desvelado, se le apareció la Virgen con su divino Hijo en brazos, visión que duró mucho tiempo y que no puede atribuirse a ensueño. Edificado cada vez más con estos celestiales fervores, prometióse Ignacio disciplinarse todas las noches, hacer una vida de penitencia y de humildad y renunciar a las pompas y vanidades del mundo, lo que cumplió hasta la muerte.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Se le apareció la Virgen con su divino Hijo.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

II.

CON EL SAYAL DEL PEREGRINO

TOTALMENTE restablecido, dejó Ignacio el solar de Loyola, y con pretexto de visitar al duque de Nájera, se dirigió al monasterio de Montserrat. A poco de andar encontróse con un moro, que en aquel tiempo aún quedaban en los reinos de Valencia y Aragón, y comenzaron a caminar juntos, entablando conversación, que de una en otra cosa vino a parar en el tema de la virginidad de María. Concedía el moro que la bienaventurada Señora había sido virgen antes del parto y durante el parto, porque así convenía a la grandeza y majestad de su Hijo, pero negaba que lo hubiera sido después. Ignacio, sin alterarse por tal irreverencia, deshacía los argumentos del pagano, procurando atraerle a la verdadera religión; pero molestado el moro por

las incontrovertibles razones que su acompañante le exponía, picó espuela al caballo y lo dejó atrás.

Quedó Ignacio muy perplejo, no sabiendo si debía seguirlo y matarlo por las ofensas que había inferido a la Reina de los Cielos o si era más cristiano dejarlo ir y no ocuparse más de él. En estas dudas llegó a una encrucijada, y allí, soltando las riendas del caballo, dejó la solución de sus dudas al arbitrio del animal. Si éste tomaba por el sendero que conducía al pueblo a donde el moro había ido, lo buscaría y lo mataría; pero si optaba por el otro, lo dejaría en paz. Quiso la Providencia que la cabalgadura, dejando el camino más ancho y cómodo por donde había ido el moro, tomara por el que más convenía a Ignacio, en lo que podemos ver una vez más cómo el Señor velaba por su siervo, pues según dice San Agustín, en las almas más santas y más puras, como en las tierras más fértiles, cuando no están debidamente cultivadas, brotan malas hierbas y perniciosos vicios.

En un pueblo próximo a Montserrat compró Ignacio los vestidos y demás cosas con que pensaba ir en peregrinación a Jerusalén; y fueron éstos un áspero sayal de cáñamo, que le llegaba hasta los pies; una cuerda de esparto, como cinto; unas alpargatas; un bordón

de peregrino y una calabaza para el agua. En Montserrat hizo una confesión general, cosa poco común en aquella época, y después de colgar su espada en el altar de la Virgen y despojarse del rico traje que traía, el que regaló a un pobre, se vistió él con el burdo sayal de cáñamo. Imitando a los soldados que velaban sus armas antes de entrar en el ejército, él veló toda una noche ante el altar de María las de su nueva milicia, que eran una gruesa cadena para ceñirse y torturarse el cuerpo y otras más delgadas para disciplinarse.

De Montserrat pasó a Manresa, donde por espacio de un año hizo en el hospital de Santa Lucía, y en una cueva que había junto al río, vida de rigurosa penitencia, siendo tanta la devoción que le cobraron las gentes del lugar que aún después de muchos años levantaron en aquel sitio una pirámide que perpetuara su memoria. Durante este tiempo tenía el Santo frecuentes éxtasis, en los que el Señor le daba nuevas luces y maravillosas enseñanzas, y le inspiró el libro de los "Ejercicios", con el que más tarde ganó a los compañeros que fundaron la Compañía de Jesús. Admiró tanto en París la sabiduría divina que encierra este libro, que aun antes de que Ignacio cursara estudios de filosofía quisieron darle el grado de doctor. Al cabo de un

año, el Señor, que cuidaba a su siervo para más altas empresas, lo sacó de aquellas soledades, reavivándole el deseo de ir a Jerusalén.

Con tal propósito, abandonó Manresa y se encaminó a Barcelona, en cuyo puerto se encontraba un gran bergantín y una pequeña nave, ambos dispuestos a zarpar para Italia. Quiso tomar pasaje en el primero, por creerlo más resistente y menos expuesto a los naufragios, pero Dios, que sabe los destinos y conoce los misterios, se lo impidió. Y fué el caso que estando Isabel Rosel, distinguida dama, oyendo un sermón, vió a Ignacio, que también lo oía, sentado entre los niños, en las gradas del altar, y mirándolo de vez en cuando, le pareció que le resplandecía el rostro y que sentía en su corazón una voz que le decía: *Llámalo, llámalo.* No se atrevió a hacerlo en aquel momento; pero quedó tan conmovida, que apenas llegó a su casa, se lo contó a su esposo, que era ciego y persona principal. Éste mandó buscar al peregrino y lo invitó a comer. Después de la comida hizo el Santo una plática espiritual, que dejó muy conmovidos a los esposos, sabiendo también éstos que tenía el propósito de embarcarse para Italia en el bergantín. Como si tuvieran un presentimiento de lo que iba a suceder, el buen ciego y

su esposa le rogaron con gran empeño que no fuera en ese barco; y ocurrió que el bergantín zarpó del puerto y naufragó a la vista de Barcelona.

El viaje en la otra nave fué muy penoso, por las recias tempestades que encontraron, pero breve, pues a los cinco días arribaba al puerto de Gaeta, en Italia. De aquí se encaminó a Roma, a donde llegó el domingo de Ramos. En la Ciudad Santa visitó los santuarios con gran fervor y reverencia y recibió la bendición del Papa, que era Adriano VI. Conociendo muchas personas su propósito de ir a Jerusalén, quisieron disuadirle, hablándole de las grandes dificultades y los muchos peligros que corría; pero todo esto no eran más que incentivos para el fervor creciente de Loyola.

Después de permanecer una semana en Roma reparando algo sus fuerzas partió para Valencia, solo, a pie y sin recursos. Los siete u ocho ducados que le habían dado para el viaje, él los repartió entre los pobres. Durante el camino sufrió múltiples penalidades. Por haber peste en Italia, muchas veces no le dejaban entrar en las ciudades, teniendo que dormir en el campo, a la intemperie. Para sustentarse pedía limosna; pero ésta era a veces tan escasa e insuficiente, que no bastaba a sostener sus energías y se caía rendido de fatiga y de-

bilidad. Mas el Señor velaba por su siervo, y una noche, yendo de Choza a Padua, se le apareció Jesucristo Nuestro Redentor y le consoló de sus penalidades, y aún le animó a soportar otras mayores.

En Venecia permaneció algunos días, mendigando su comida de puerta en puerta y durmiendo por las noches en la plaza pública de San Marcos, que era la principal de la ciudad. No quiso visitar al embajador que allí tenía el rey de España, don Carlos, porque prefería hacer su peregrinación sin valerse del favor humano. El Dux de Venecia, a la sazón Andrés Griti, ordenó que lo llevaran a Chipre en la nave capitana, que era portadora del nuevo gobernador de aquella isla, lo que en efecto hicieron. En Chipre pasó a un barco que conducía otros peregrinos, y el cuatro de septiembre llegó a Jerusalén, en donde, con gran unción y fervor, visitó los Santos Lugares, recibiendo de Dios extraordinarias luces y dulcísimos consuelos.

El regreso de Ignacio a España, que volvía sin más vestido que una grosera túnica y un juboncillo negro, acuchillado por la espalda, fué una sucesión de mortificaciones. Con grandes trabajos pudo llegar a Chipre, en donde encontró tres naves que estaban a punto de salir para Italia. La primera era de turcos, que por na-

da del mundo admitirían a nuestro Santo. La segunda un gran navío veneciano, tan fuerte y recio que parecía desafiar las tempestades. La tercera, una nave pequeña, vieja y carcomida. Algunas personas rogaron al capitán de la nave veneciana que llevara a Ignacio de caridad, pues no tenía dinero, alabándole mucho y poniéndole como santo; a lo que el capitán contestó que si era tan santo, podría ir caminando sobre el mar, pues no se ahogaría. Desechados de la nave mayor, rogaron al capitán de la menor, quien admitió gratuitamente a Ignacio.

Las tres naves se hicieron a la vela en el mismo día y a la misma hora, con tiempo bonancible y viento favorable. Mas a poco andar sobrevino una tempestad, y la nave turca naufragó, pereciendo toda la gente; la gran nave veneciana encalló en las mismas costas de Chipre, salvándose los que iban en ella; la nave pequeña, en cambio, aunque corrió mucho peligro, consiguió arribar al puerto de Pulla, en el reino de Nápoles, de donde, al poco tiempo, zarpó para Venecia.

En Venecia permaneció Ignacio algunos días, hospedándose en casa de un buen hombre, que ya antes lo había recogido, y que al partir le dió dieciséis reales y un trozo de paño, con el que se abrigó el estómago,

que a causa del frío y de las privaciones harto quebrantado y dolorido lo tenía. A los dos días de salir de Venecia llegó a Ferrara. En este pueblo, estando en la iglesia orando, se le acercó un mendigo y le pidió limosna. Ignacio le dió una moneda. Llegó luego otro, y le dió una moneda mayor. Estos pobres avisaron a los que estaban a la puerta y todos acudieron a pedirle. Repartió Ignacio entre ellos todo lo que llevaba, y para comer aquel día tuvo que mendigar de puerta en puerta. Al salir de la iglesia, los pordioseros, agradecidos por las limosnas recibidas, empezaron a gritar: *El santo, el santo.*

Para llegar a Génova tuvo que atravesar la Lombardía, que en aquel tiempo estaba encendida en guerra entre españoles y franceses. Los soldados españoles, tomándolo por espía, lo prendieron y lo llevaron al capitán. No quiso Ignacio decir quién era, ni de dónde venía ni a dónde iba, y aún se empeñó en que lo tomaran por un rústico; de modo que a cuantas preguntas se le hicieron, permaneció callado. El capitán, tomándolo por loco, increpó duramente a los soldados, ordenando que lo sacaran de su presencia, que hartos idiotas eran ellos en traerle un idiota. Los soldados, irritados por el trato del capitán, descargaron su ira

en el peregrino, al que insultaron y golpearon, dándole de puñetazos y puntapiés.

Recordando más tarde esto, decía Ignacio que se representaba a Nuestro Señor Jesucristo, befado y escarnecido por los soldados de Herodes. Pasados los insultos y los golpes, no abandonó Dios a su siervo, pues no habiendo comido en todo el día, encontró a un español piadoso que lo albergó en su casa y le dió de comer. De allí partió al otro día, volviendo a ser detenido, pero esta vez por los franceses. El capitán francés, sabiendo de dónde era, aunque no quién era, pues no quiso Ignacio declararlo, lo trató cortésmente, mandó que le dieran cena y lo dejó en libertad para que prosiguiera su camino. Cuando llegó a Génova encontróse con Rodrigo Portuondo, antiguo conocido suyo, y entonces general de las galeras de España. Portuondo lo recibió con mucho afecto y ordenó que lo llevaran a Barcelona en una nave que zarpaba en aquellos días.

III.

SU VIDA DE ESTUDIANTE

Cuando regresó de Tierra Santa, fijó Ignacio su residencia en la ciudad de Barcelona, en la que emprendió estudios de gramática. Contaba entonces treinta y tres años de edad. El demonio aprovechó este momento para perturbarlo, inspirándole muy sutiles cosas de apariencia espiritual, que lo apartarían de los estudios. Pero él, conociendo las tretas del maligno, se ahincó en vencerlo. Leía con frecuencia la *Imitación de Cristo*, del venerable Kempis, de cuya sabia doctrina llegó a ser un vivo reflejo. Así, estudiando mucho y disciplinándose duramente, permaneció en Barcelona dos años, al cabo de los cuales, advertido por el maestro de que podía emprender estudios superiores, pasó a Alcalá de Henares para cursar filosofía.

En Alcalá, su santidad y su prédica atrajeron muy pronto la atención del público, que se dividió en dos bandos: loando uno y satirizando otro. Tenía ya entonces Ignacio tres compañeros, que se le habían unido atraídos por su conducta, y todos vestían un burdo sayal de lienzo. Esto dió motivo a que algunas gentes les llamasen burlescamente "los del sayal" y que hablasen de ellos cosas que no estaban exentas de malicia.

Lo que de ellos se decía, bueno y malo, llegó a los inquisidores de Toledo, quienes hicieron una investigación de la vida y costumbres de aquellos hombres, no encontrando nada reprobable. Pero poco después, habiéndose dicho que Ignacio aconsejara a ciertas mujeres una peregrinación a Jaén, los metieron en la cárcel.

Más de cuarenta días estuvieron presos Loyola y sus compañeros, sin que supieran el motivo, hasta que, habiendo regresado las indicadas mujeres, declararon que nada tenían que ver con Ignacio. En vista de esto, los pusieron en libertad, pero ordenándoles que vistieran el manteo y el bonete de los estudiantes y que se abstuvieran de predicar. Coartada su libertad con esta orden, fuese Ignacio a Salamanca, en donde, como solía, empezó a despertar los corazones al amor y temor de

Dios. Confesábase con frecuencia con un religioso de Santo Domingo, del monasterio de San Esteban, el cual dijo un día a Loyola que los frailes de su convento tenían gran deseo de verlo y oírlo. Contestó Ignacio que iría con gusto, si así se lo mandaba.

—Pues venid el domingo —señaló el confesor— y comeréis con nosotros. Mas venid preparado, porque mis frailes querrán informarse de muchas cosas y os harán hartas preguntas.

Fué el día señalado, con un compañero, y después de comer los llevaron a una capilla, en donde encontraron al confesor y otros dos frailes, uno de los cuales era el Vicario, que regía el monasterio en ausencia del Prior. El Vicario, mirando con rostro alegre a Ignacio, le dijo:

—Mucho me place oír hablar de vuestra santa vida, y que, a imitación de los Apóstoles, andáis por todas partes enseñando a los hombres el camino del cielo. Y no soy yo solo el que de esto se goza, que también mis frailes participan de esa alegría. Mas para que ésta sea completa, deseamos oír de vos mismo algunas de las cosas que enseñáis. Y lo primero, que nos expliquéis qué facultad es la vuestra, qué estudios habéis cursado y qué letras profesado.

Expresó Ignacio con llaneza los pocos estudios que tenía, que no eran más que de gramática.

—Pues, ¿por qué —agregó el Vicario— con tan pocos estudios os ponéis a predicar?

—Mis compañeros y yo, —repuso Ignacio— no predicamos, sino que, cuando se ofrece la ocasión, hablamos familiarmente de las cosas de Dios, ensalzando unas veces la virtud y condenando otras el vicio.

—Vosotros, según confesáis, sois unos simples hombres sin letras —arguyó el Vicario—. ¿Cómo, entonces, os atrevéis a hablar de las virtudes y los vicios, de los cuales nadie puede hablar sin teología, alcanzada por estudios o revelada por Dios? Y pues no la habéis alcanzado por estudios, señal es que os la infundió el Espíritu Santo. Y esto es lo que vivamente deseamos saber: cómo ha sido y qué revelaciones habéis tenido.

Quedó Ignacio suspenso ante aquella manera de argumentar, y después de recogerse unos instantes, contestó:

—Basta, Padre, que yo no contestaré a esas preguntas, a no ser por mandato de superior, a quien tenga obligación de obedecer.

—Buenos estamos —replicó el Vicario—. Está el mundo lleno de herejías y doctrinas ponzoñosas, y vos no

queréis decir lo que andáis enseñando. Pues esperadme aquí un momento, que pronto os haré hablar.

Dicho esto, fuéronse los frailes y los dejaron solos. Al poco rato los pasaron a una celda, en la que permanecieron tres días. Los frailes acudían a oír a Ignacio, que hablaba con la misma libertad que si estuviera en otro sitio; y las opiniones se dividían en dos bandos, aprobando unos y desaprobando otros. Mas temiendo que tras la capa de santidad no se ocultase algún peligro, dieron parte al Provisor del Obispo, quien al cabo de los tres días mandó que los metieran en la cárcel. Aquí los encerraron en un calabozo húmedo, maloliente y medio derruído, separados de los demás presos, y los amarraron con cadenas, tan pegado uno al otro, que para nada podían separarse. Así pasaron aquella noche, orando y haciendo penitencia. Al otro día, divulgada la noticia, acudieron gentes piadosas, de las muchas que le habían oído, y le llevaron ropas y alimentos.

Varios días permanecieron en la cárcel sin que supieran los motivos, hasta que, constituído un tribunal, en el que estaban el Provisor y los doctores Isidoro, Paraviñas y Frías, quienes leyeron y examinaron los *Ejercicios*, fué Ignacio llevado a su presencia. Le hicieron

muchas preguntas, algunas muy sutiles de teología, a las que Ignacio, después de confesar humildemente que era hombre sin letras, contestó con suma sabiduría, dándoles más motivo de admiración que de reprensión. Pusiéronle después una cuestión de Derecho Canónico, y él, diciendo que no sabía lo que en este caso dictaminaban los doctores, contestó con tanto acierto, que dió derechamente en la verdad. Preguntóle también el Provisor que le explicara un mandamiento del Decálogo, como solía hacerlo al pueblo, y dijo sobre esto tantas cosas y tan maravillosas, que dejó a todos asombrados. Una sola cosa parece que no tenían por segura, y era lo que se dice al principio del libro de los *Ejercicios*, en que se declara la diferencia que hay entre el pecado mortal y el venial. Y no es que lo reprobasen, ni que lo dieran por falso, sino que, no habiendo tenido estudios, no se puede determinar lo que requiere mucha ciencia. Pero Ignacio contestó a esto:

—Si es verdad o no lo que ahí enseño, vuestro deber es mirarlo, que para eso sois jueces. Yo no quiero serlo. Sólo os pido que si es verdad, se apruebe, y si no lo es, que se repruebe y condene lo que digo.

Los jueces quedaron dudosos, pero no osaron reprobarlo.

Acudían muchas personas a la cárcel, como ya hemos dicho, no sólo a llevarle provisiones, sino también a oírlo, y entre ellas don Francisco de Mendoza, que más tarde fué Cardenal y Obispo de Burgos. Este le dijo un día si no le daba pena verse de aquella suerte, preso y encadenado. A lo que el Santo contestó:

—¿Tan malo os parece a vos el estar preso y encadenado? Pues yo os digo en verdad que no hay en Salamanca tantos grillos y cadenas que yo no desee más por el amor de Jesucristo.

Aconteció en este tiempo que una noche huyeron los presos de la cárcel, dejándola completamente abierta. Ignacio y su compañero quedaron solos; y cuando al otro día los encontraron y vieron lo que ocurría, que habiendo podido huir, no lo habían hecho, se llenaron de asombro, tanto los jueces como la demás gente. Por lo cual los sacaron de aquel encierro y los mandaron a una posada.

A los veintidós días de estar preso, le comunicaron la sentencia. Esta los daba por hombres de vida honrada y doctrina limpia, sin que se hallase en ellas mácula ni sospecha, y que podían continuar instruyendo

al pueblo; pero que de una sola cosa se abstuvieran, y era la de enseñar la diferencia que hay entre el pecado mortal y el venial, lo que no podían hacer sin teología. Dijo Ignacio a los jueces que él acataba la sentencia mientras estuviera en su jurisdicción; pero que era libre de ir a donde quisiere y predicar en otras partes, pues no era justo que no hallándose error en su doctrina, se le pusieran trabas para hablar al pueblo de las cosas de Dios. Y con esto determinó salir de España.

Despidióse de sus compañeros y se dirigió solo a Barcelona. Aquí, para allegar recursos y continuar hasta París, recurrió a sus conocidos y devotos, que eran muchos los que tenía, y todos se aprestaron a ayudarle. Pero, al mismo tiempo, y sin negarle la limosna, que le daban en abundancia, quisieron disuadirlo del viaje, hablándole del frío, pues era en pleno invierno, de la larga jornada y de la cruel guerra que había entre españoles y franceses, y lo expuesto que estaba a ser víctima de los soldados. Mas nada era bastante a torcer el propósito de Ignacio, que, guiado por Dios, atravesó Francia y llegó a París en los primeros días de febrero de 1528.

En esta capital tenía el propósito de continuar sus

estudios y entregarse completamente a ellos, mas apenas tomó posada, empezaron las dificultades y trabajos y las asechanzas del demonio. Y no fué lo peor que le ocurrió esto que vamos a referir. Aconteció que habiendo recibido cierta suma de España y siendo él tan enemigo de tener dinero, se la dió a guardar a un español compañero suyo, el cual la gastó toda y no tuvo qué devolverle. Quedó Ignacio en la mayor pobreza, y echado de la posada, tuvo que refugiarse en el Hospital de Santiago, manteniéndose de limosna.

De limosna puede decirse que vivió mientras permaneció en París, pues cada año hacía un viaje a Flandes, reuniendo entre los mercaderes españoles que había en Brujas y en Amberes lo necesario para el año. Así, con pérdida de poco tiempo, podía dedicar el resto a sus estudios, sin ocuparse de otras cosas, si no era en servir a Dios. De esta manera pasó dos años, y al tercero se fué a Inglaterra, para buscar esta limosna en Londres, que consiguió con abundancia. Pasados los tres años, los mercaderes de Flandes, conociendo su virtud y devoción, ellos mismos le mandaban la limosna, que con otras que le enviaban desde España, sobre todo desde Manresa y Barcelona, reunía para vivir holgadamente y aún ayudar a sus nuevos compañeros.

Estas dificultades económicas quiso él evitarlas en sus hijos, pues el tiempo que se gasta en buscar lo material para la vida, retrasa el adelantamiento en los estudios.

No fueron la pobreza material y necesidades económicas las que a él lo perturbaron, sino las asechanzas del demonio, que de todos los medios se valía para dificultarle la carrera. Al principio, la Filosofía lo tentó con las mismas cosas que le había sugerido en Barcelona, cuando estudiaba la Gramática. Sufrió también enfermedades, ocasionadas casi todas por sus ásperas penitencias, que tuvo que mitigar. Y con todo y con no ser su edad la mejor para emprender carrera, estudió doce años, no siendo las menores contrariedades que ha sufrido las persecuciones de los hombres, que cesaron temporalmente mientras estudió filosofía, tiempo en el cual ni predicó ni dió ejercicios espirituales, para no embarazar lo que era entonces su principal objeto. Notando esto, le preguntaba un día Pedro Fabro, su primer compañero.

—¿No veis, Ignacio, lo que pasa? ¿Qué mudanza es ésta? Los que ha poco querían tragaros vivo y os escupían en la cara, ahora os alaban y tienen por santo. ¿Qué es lo què ha sucedido?

—No os maravilleis de eso —repuso Ignacio—. Dejadme acabar el curso y lo veréis todo al revés. Ahora callan porque yo callo, y porque estoy quedo, están ellos quedos; pero en queriendo hablar o hacer algo, se levantará la mar hasta los cielos y bajará hasta los abismos, y parecerá que nos ha de hundir y tragar.

Y así fué, en efecto.

Había en la Universidad unos jóvenes españoles, los cuales, movidos por su virtud y tomándole como ejemplo, hicieron en su vida gran mudanza; y fué que, dando todo lo que tenían a los pobres y abandonando sus compañías y moradas, se fueron a vivir al Hospital de Santiago. Divulgóse esta noticia por la Universidad, de modo que no se hablaba de otra cosa, juzgándola cada cual según su gusto. Los que más alborotaban eran ciertos caballeros españoles, amigos y parientes de los jóvenes. Estos fueron al Hospital, y primero por las buenas, usando de persuasiones, y después por las malas, recurriendo a la fuerza, pues lo primero no diera resultado, los arrancaron de aquel sitio.

Como de esta mudanza de los jóvenes se culpara a Loyola, fueron muchos los que se volvieron contra él, y entre ellos, el doctor Pedro Ortiz, que ya entonces florecía en la Universidad con fama de hombre insigne.

Ortiz, intrigado por las cosas que se decían de Ignacio, y creyendo conveniente que se examinara su doctrina, lo denunció al inquisidor. Era éste un grave teólogo, llamado Maestro Ori, de la Orden de Santo Domingo. A él acudió Ignacio antes de ser llamado, y le dijo que habiéndose enterado de que había en aquel tribunal una queja contra él, se presentaba a Su Paternidad para dar razón de sí. Contestóle el inquisidor que, en efecto, alguna cosa había, pero que eran niñerías que no tenían importancia, y que nunca pensó llamarlo. Mas ya que estaba presente, le rogaba que le mostrase el libro de los *Ejercicios*. Dióselo Ignacio, y leyólo el buen inquisidor, gustándole tanto, que le pidió licencia para quedarse con una copia.

Poco tiempo después, por una animadversión de cierto doctor Gavea, del Colegio de Santa Bárbara, se vió a punto de ser públicamente azotado. Y él, que conocía los designios de Gavea, presentóse en el Colegio, y ya cerradas las puertas y casi en alto las varas, fuése al aposento del doctor y le dijo:

—Ninguna cosa puede serme más dulce y agradable en la vida que ser azotado por Jesús, como lo demostré otras veces, cuando fuí encarcelado y encadenado por su amor. Pero si de mí no me da pena, temo la flaqueza

de los jóvenes, que aun son en la virtud tiernos; de modo que os ruego que lo miréis bien y que lo meditéis.

Conmovió esto tanto el ánimo de Gavea, que se echó a llorar, y llevándolo de la mano ante los profesores y alumnos, le pidió perdón y proclamó su virtud y fortaleza.

IV.

ALBORES DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Desde el momento que empezó sus estudios, procuró Ignacio rodearse de compañeros, despertando en ellos el mismo celo apostólico que él tenía para salvar las almas. En España, donde anduvo tan perseguido, tuvo los que dijimos en Alcalá. Mas con su partida a París, y no pudiendo sostenerlos, aunque los recomendó a doña Eleonor Mascareña, que los favoreció mucho, todos se dispersaron, yéndose cada uno por su lado. En la capital de Francia procuró atraerse otros compañeros, y los primeros que consiguió fueron Pedro Fabro, saboyano, y Francisco Javier, navarro, los dos estudiantes como él del Colegio de Santa Bárbara y a la vez compañeros de aposento. Con Fabro especialmente, consiguió muy pronto una estrechísima amistad;

de modo que teniéndole a él por maestro en la filosofía natural, pues iba mucho más adelantado en los estudios, vino a tenerle por discípulo en lo que a lo espiritual se refiere. Francisco Javier, aunque también compañero de aposento, se mostró al principio más reacio; pero, al fin, atraído por la fuerza de aquel espíritu, del que fluía santidad, se le entregó en cuerpo y alma, llegando a ser el más grande apóstol de las Indias.

El tercer compañero que tuvo Ignacio en esta etapa fué el Maestro Diego Láinez, natural de Almanzor, que había ido a París para estudiar teología. Este deseaba ver a Ignacio, de quien había oído hablar en Alcalá; y quiso Dios que fuera el propio Ignacio el primero con quien, al llegar a París, se encontrase Láinez, dándose al punto a conocer y trabando estrechísima amistad. Con el Maestro Diego Láinez iba un mozo toledano, llamado Alfonso de Salmerón, que era de gran cultura y mucho ingenio. Loyola le dió a los dos el libro de los *Ejercicios*, del que quedaron tan prendados y tanto los cautivó, que decidieron seguirle. Tras éstos, se le unieron Simón Rodríguez, portugués, y Nicolás de Bobadilla, que era de cerca de Palencia.

Todos estos siete, terminados los cursos de filosofía, y ya con el título de maestro, se reunieron el día de

la Asunción y se fueron a la capilla de Montmartre, que está una legua de París, en donde, después de confesarse y recibir el Santísimo Sacramento, hicieron votos de pobreza, determinando dejar en un día señalado todo cuanto tenían. Prometieron también ir en peregrinación a Tierra Santa, y, si era posible, quedarse para siempre en Jerusalén, no apartándose de los Sagrados Lugares, y si no, volver a Roma, postrarse a los piès del Sumo Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, y rogarle que dispusiera de sus vidas, dedicándolas al servicio de Dios y de las almas.

Sucedió esto en el año de 1534, y puede decirse que aquí se echaron los cimientos de la Compañía de Jesús, que hoy se extiende por todo el orbe. Dos años después renovaron los mismos votos, en el mismo día de la Asunción, en la misma iglesia y con las mismas ceremonias; y de aquí se origina el cuarto voto, llamado de las misiones, que hacen los que profesan en la Compañía de Jesús.

Durante estos dos años se le agregaron tres compañeros más, todos teólogos, llamados Claudio Le-Gay, saboyano, Juan Coduri, provenzal, y Pascasio Broet, que era natural de la Picardía; y todos, aunque eran de tan diferentes partes, estaban unidos por una misma vo-

luntad y un mismo corazón. Sin aflojar en los estudios, a los que se aplicaban con ahinco, confesaban y comulgaban con frecuencia, hacían sus oraciones cotidianas y crecían cada vez más en la virtud. El voto que tenían hecho, el cual renovaban cada año, de perpetua pobreza; el verse y comunicarse, y estar en todo acordes, y la suavísima dulzura que aquella vida de fervor derramaba en sus almas, los animaba a perseverar en su propósito.

Para cumplir el voto que tenían hecho de ir a Jerusalén, marchóse Ignacio a España, a donde lo llamaban ciertos asuntos de familia, quedando acordado que sus compañeros salieran directamente de París, para encontrarse todos en Venecia, de donde proseguirían a Tierra Santa.

En Navarra predicó Ignacio varias veces, pudiendo ver entre los oyentes a uno de sus hermanos. Y es de contar lo que hizo cierto día, y que revela su humildad. Fué el caso que predicando en Azpeitia, se acusó desde el púlpito que siendo mozo había entrado en una heredad y robado algunas frutas, con daño de su dueño, quien, por sospechas, hizo prender a un pobre hombre, teniéndole varios días en la cárcel, con menoscabo de su honra y haciéndole pagar cinco ducados. Y nombró

al hombre, que estaba presente, y le pidió perdón; y para resarcirle de los cinco ducados, le dió dos heredades que tenía, de las cuales, allí mismo, delante de todos, le hizo donación.

Arreglados sus asuntos, pasó a Valencia para embarcarse para Génova, a donde llegó tras una recia tempestad, de la que le libró el Señor, así como de los peligros que corrió en los Alpes, los que tuvo que atravesar. Al entrar en Bolonia, cruzando un puente de madera, cayó en un gran lodazal, del que salió tan enlodado y sucio, que daba lástima el verlo. En esta ciudad estuvo enfermo algunos días, atacado por unas fiebres, y cuando se repuso prosiguió hasta Venecia, en donde, como habían acordado, esperó a sus compañeros.

Mientras esto ocurría, estalló nueva guerra entre franceses y españoles, y los discípulos de Ignacio, huyendo del peligro, adelantaron el viaje. Salieron de París el 15 de noviembre de 1536, todos a pie, vestidos pobremente y cargados con unos hatillos, que eran los cartapacios de sus estudios. Los tres sacerdotes, esto es, Pedro Fabro, Claudio Le-Gay y Pascasio Broet, decían Misa cada día, y los otros seis recibían el Santísimo Sacramento, armándose con el Pan de vida. Mientras ca-

minaron por Francia, no cesó de llover; y un rústico, viéndolos de aquella guisa, con tan míseras ropas y empapados de lluvia, dijo a otros, que le preguntaron quienes eran:

—Son unos señores reformadores, que van a reformar algún país.

En su simplicidad, y aún en su burla, aquel rústico profetizaba.

Los compañeros de Ignacio atravesaron la Alta Alemania en pleno invierno, soportando el rigor del frío, que era intensísimo en aquella región septentrional, y otras penalidades, a las que no estaban acostumbrados; pero todo lo sufrían por el amor de Dios; y lo que era tormento, se convertía en gozo y regocijo de sus almas.

El día 8 de enero de 1537, ayudados con el favor divino, llegaron a Venecia. Aquí los esperaba el Padre Ignacio, con otro compañero que se le había unido, y todos con gran contento y alegría, se reunieron y abrazaron.

No creyendo oportuno encaminarse seguidamente a Roma, se repartieron por los hospitales venecianos; y cinco fueron al Hospital de San Juan y San Pablo y los otros, al de los incurables y leprosos. En estos hospitales, con gran caridad y fortaleza, se ejercitaron en

los más bajos oficios, velando a los enfermos, limpiándoles los excrementos, dándoles de comer en la boca a los que, por estar impedidos, no podían hacerlo por su mano y prodigándoles toda clase de consuelos. El que más se señalaba en estas obras de misericordia era Francisco Javier, quien, para vencer la repugnancia y el asco que causaban aquellos cuerpos lacerados, llegó a besar las llagas purulentas.

Así estuvieron hasta mediada la Cuaresma, que partieron para Roma, quedando sólo en Venecia el Padre Ignacio, por razones que creyeron más convenientes para el servicio de Dios.

En esta jornada a Roma pasaron múltiples penurias, que soportaban por el amor de Jesucristo, y aún le daban infinitas gracias; y cuando eran mayores los quebrantos, loaban al Señor y cantaban los Salmos de David. Y sucedió que un domingo, no habiendo comido más que un poco de pan por la mañana, rompió a llover, y todo el día bajo la lluvia, caminaron 28 millas, que vienen a ser unas 9 leguas, encontrando los caminos encharcados y lagunas tan grandes, que a veces les llegaba el agua al pecho. Pero la Providencia velaba por la salud de aquellos siervos, y ninguno se enfermó;

por el contrario, Juan Coduri, que llevaba las piernas llagadas, quedó curado en aquel día.

En Roma se encontraron con Pedro Ortiz, quien por orden del Emperador don Carlos V de España, trataba con el Papa del matrimonio de la Reina de Inglaterra, tía del Emperador, a la cual Enrique VIII, su marido, había dejado para casarse con Ana Bolena, de cuya hermosura torpemente se había prendado.

Era este doctor Ortiz el que en París, como hemos visto, mostrara a Ignacio mala voluntad, denunciándolo a la Inquisición; mas viendo ahora a sus compañeros en Roma, movido por el espíritu de Dios, los recibió con gran afecto y los llevó al Sumo Pontífice, encareciéndole sus virtudes. Recibiólos el Papa complacido, dióles benignamente su bendición y licencia para ir a Jerusalén, facultando, además, a los que no estaban ordenados para que lo hicieran a título de pobreza. Después de esto, les entregó 60 ducados, que con otras limosnas que habían recibido de los españoles que en Roma estaban, llegaron a reunir doscientos diez ducados. Esta suma la entregaron en depósito a unos mercaderes de Venecia, por no querer ellos tocarla ni tenerla en sus manos hasta el momento de embarcar. Y así, con la misma pobreza que habían venido, pidiendo

limosna por amor de Dios, volvieron a Venecia, en donde, al llegar, fueron nuevamente a los hospitales, como antes lo habían hecho.

Poco tiempo después hicieron todos juntos votos de pobreza y castidad ante Jerónimo Veralo, que era entonces Arzobispo de Rosano y Legado del Papa en Venecia; y se ordenaron de Misa, Ignacio y sus otros compañeros, dándoles este alto Sacramento el Obispo Arbense, con gran consuelo para todos.

V.

CONTRARIEDADES PROVIDENCIALES

MIENTRAS esperaban nuestros Padres algún barco que los llevara a Jerusalén, estalló la guerra entre el Señorío de Venecia y el gran turco Solimán; y estando todos ocupados en la contienda y el mar lleno de escuadras, cesó la navegación de los peregrinos. Indudablemente, era la Providencia, que rige y gobierna todas las cosas con infinita sabiduría, la que impidiendo a los Padres cumplir su voto, los orientaba para empresas más altas que las que ellos comprendían y pensaban. Pues es de saber, que ni muchos años antes ni después, hasta 1570, cesaron de ir todos los años, menos éste, las naves de los peregrinos a Tierra Santa.

Viendo Ignacio y sus compañeros que se le cerraba el camino para ir a Jerusalén, decidieron esperar; y para

mejor prepararse al santo sacrificio de la Misa, que los nuevos aún no habían oficiado, acordaron separarse y recogerse, lo que hicieron del siguiente modo: el Padre Ignacio, Fabro y Láinez, se fueron a Vincencia; Francisco Javier y Salmerón, a Monte Celso; Juan Coduri y Hoces, a Treviso; Claudio Le-Gay y Simón Rodríguez, a Basán; y Pascasio y Bobadilla, a Verona. Todas estas tierras pertenecían al Señorío de Venecia, pues no quisieron salir de aquel Estado, por si se daba la ocasión de que saliera algún navío que los llevara a Tierra Santa.

En Vincencia, Ignacio y sus compañeros entraron en una pequeña ermita, desamparada y medio derrumbada, que no tenía puertas ni ventanas, y en la que entraba el viento y la lluvia. Estaba esta ermita en el campo, fuera de la ciudad. Para dormir, llevaron un poco de paja, que echaron en el suelo, y sobre ella se acostaban. Dos veces al día iban a la ciudad, a pedir limosna; pero era tan escasa, que no alcanzaba a sustentarlos. Cuando conseguían algún aceite o grasa, que era muy pocas veces, lo consideraban gran regalo.

De los tres, uno quedaba en la ermitilla, ocupado en hervir el pan y los duros mendrugos para poder comerlos. Y era ordinariamente el Padre Ignacio el que quedaba, porque de tanto llorar, estaba casi ciego y no po-

día salir al sol sin daño de sus ojos. El tiempo que les quedaba después de pedir limosna lo ocupaban en la oración, que para esto habían dejado todas las demás cosas.

Después de cuarenta días de perseverar en esta vida, vino a Vincencia Juan Coduri, y acordaron los cuatro salir a predicar por la ciudad. Se fueron en un mismo día y a la misma hora a cuatro plazas distintas, y comenzaron a dar voces, llamando a las gentes, y a hacerle señas con el bonete para que se acercaran. Y habiéndose congregado gran muchedumbre, le predicaron la fealdad del vicio, la hermosura de la virtud, el aborrecimiento de los pecados, el menosprecio del mundo, con sus glorias y vanidades, y la infinita grandeza que es el amor de Dios. Y así, presentando todas las cosas, edificaban a las gentes, arrancándolas del cautiverio del demonio y atrayéndolas a la piedad de Jesucristo.

Sin duda que quien oyera entonces el lenguaje de nuestros Padres, no hallaría en él sino palabras toscas; pues siendo todos extranjeros recién llegados a Italia, y no dándose al estudio del idioma, sus palabras tenían que ser una mezcla de varias lenguas. Pero estaban tan henchidas de doctrina y del espíritu de Dios, que movían los corazones, por empedernidos y obstinados que

fueran, como los martillos de hierro mueven y quiebran las piedras duras.

Empleado el Padre Ignacio en estas obras y entregándose a ellas con gran fervor, cayó enfermo de calenturas, a causa del trabajo. Y también el Padre Láinez, por la misma razón, tuvo que ir enfermo al hospital. Estando así, supieron que el Padre Simón Rodríguez se encontraba en grave estado, con gran peligro de su vida. Ignacio, sin reparar en su propia enfermedad, se levantó de cama, dejó a Láinez en el hospital, y se fué a pie a Basán, acompañado del Padre Fabro, para atender a Simón. Corría Ignacio con gran ligereza, de modo que Fabro no podía seguirle y se quedaba atrás. Yendo muy adelante, se apartó Ignacio del camino y se puso a orar, rogando a Nuestro Señor por la salud de Simón, y en la oración fué iluminado y certificado que Dios se la daría. Cuando Fabro llegó a su lado, le dijo muy contento:

—Nada hay por qué nos acongojemos, hermano Fabro, del mal de Simón que no morirá de esta dolencia.

Llegados a Basán, vieron al Padre Simón, que estaba en la cama, muy flaco y consumido a causa de la enfermedad, y echándole Ignacio los brazos, le dijo:

—No temáis nada, hermano Simón, que sin duda

os curaréis, pues Dios Nuestro Señor se ha dignado revelármelo.

Y así fué, porque al poco tiempo Simón estaba curado.

Había entonces en Basán un ermitaño, de nombre Antonio, que hacía una vida solitaria en una ermita, la cual estaba fuera de la ciudad, en un alto cerro, que domina un valle, regado por las aguas del río Brenta. Era este hombre anciano, lego y muy sencillo, pero grave y severo, y tenido por santo. En su aspecto y costumbres parecía el retrato de San Antonio Abad o de San Hilarión, o de cualquier otro de los santos que habitaron los yermos. Y este ermitaño, tratando al Padre Ignacio, lo tuvo por poco y lo juzgó imperfecto; mas un día, puesto en larga oración, se lo representó el Señor como hombre piadoso, enviado del cielo para bien de las almas. Quedó entonces muy avergonzado y arrepentido, y empezó a estimar lo que antes no estimara, como más tarde confesó al propio Ignacio.

Sucedió en este tiempo que uno de nuestros Padres, movido por la vida de fray Antonio, empezó a titubear de su primera vocación y a pensar si no sería mejor para servir a Dios vivir en compañía de aquel santo, apartado de las inquietudes que traen las conversiones

de los hombres. Perplejo y confuso con estos pensamientos y con las razones que de una y otra parte le venían, decidió ir al propio fray Antonio y consultar con él sus dudas, y hacer lo que éste le dijere.

Encaminóse, pues, aquel Padre en busca del ermitaño, y lo primero que encontró fué un hombre armado, que con fiero semblante y terrible aspecto, se le atravesó en el camino. Turbóse al principio y detúvose el Padre; mas volviendo sobre sí, parecióle que no había por qué temer, y prosiguió el camino. Entonces el hombre, con gran ceño y enojo, arremete al Padre y con la espada en la mano como para matarle, corre tras él. Temblando el Padre y lleno de miedo, dióse a huir, y el otro a seguirle, pero de modo que los que por allí andaban veían al que huía, mas no al que lo seguía. Al cabo de un buen rato, desmayado de miedo y quebrantado por la carrera, llegó a la posada en donde Ignacio estaba, el cual al verlo, llamándolo por su nombre, le dijo dulcemente:

—*Madicae fidei, quare dubitas?* (Hombre de poca fe, ¿por qué así dudas?).

*

Después de eso y de aquellas como correrías espirituales que hemos contado, todos se reunieron con Ignacio en la ciudad de Vincencia, la cual, con la vida y doctrina de los Padres estaba tan cambiada, que donde antes no conseguían limosna para vivir tres, ahora, los once juntos podían sustentarse con holgura. En esta reunión que aquí hicieron, acordaron, pues la esperanza de ir a Jerusalén se les desvanecía, repartirse por las Universidades de Italia, donde estaba la flor de los ingenios, por si Dios Nuestro Señor era servido de despertar algunos y traerlos a la vida que ellos llevaban.

Con ese fin, a la entrada del invierno, se separaron todos, distribuyéndose de este modo: Ignacio, Fabro y Láinez, fueron a Roma; Salmerón y Pascasio, a Sena; Francisco Javier y Bobadilla, a Bolonia; Claudio Le-Gay y Simón Rodríguez, a Ferrara, y Juan Coduri y Hoces, a Padua. En esta empresa, además del cuidado que cada uno tenía de su propia conciencia, trabajaban cuanto podían en atraer los prójimos a la vida cristiana y encender en sus almas el santo amor de Dios.

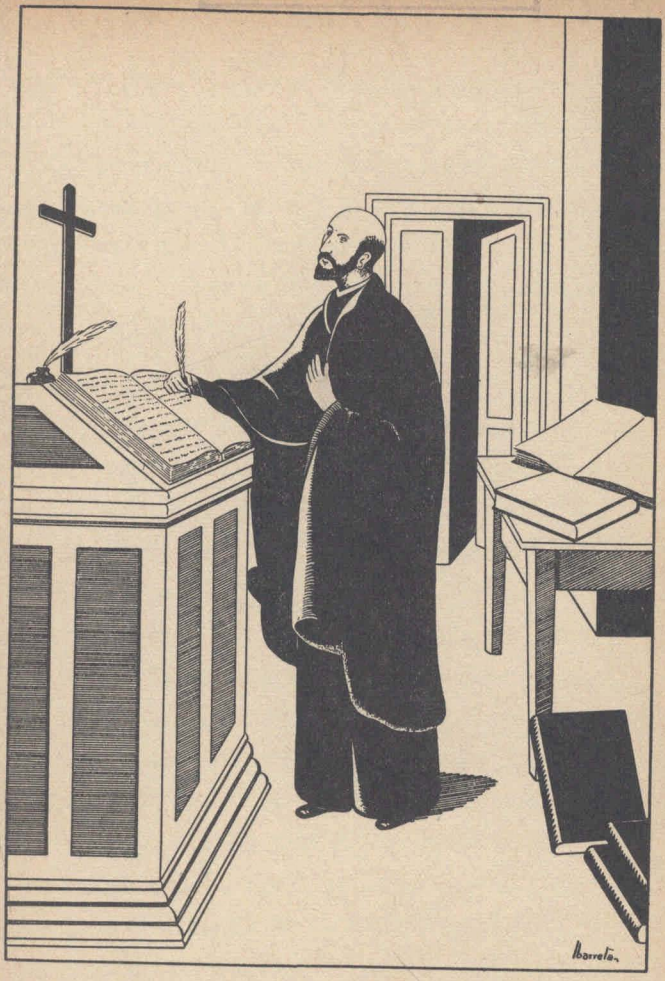
La manera que tenían de gobernarse era ésta: cada semana mandaba uno en el otro, de manera que el que esta semana obedecía, hacía de superior a la siguiente. Para comer, pedían limosna por amor de Dios;

y para edificar las almas, predicaban en las plazas públicas. Antes del sermón, el compañero súbdito traía de alguna tienda, prestado, un escaño o mesa, que servía de púlpito, y llamaba al público a voces y agitando el bonete. No pedían limosna en el sermón ni después de haber predicado la aceptaban, aunque los oyentes se la ofrecían. Si encontraban a alguno deseoso de divino consuelo y sediento de las aguas que apagan la sed del alma, a éste le comunicaban más y le daban más parte de lo que Dios les comunicaba a ellos.

Confesaban a los que se lo pedían y enseñaban la doctrina cristiana a los niños, a los ignorantes y a los rudos. Cuando podían, visitaban los hospitales, sirviendo y consolando a los enfermos. Finalmente, no dejaban de hacer ninguna cosa de las que sirvieran para gloria de Dios y provecho del prójimo, derramando con estas obras de piadoso fervor y divino consuelo, la esencia de Cristo y de su doctrina. Y de aquel pequeño grupo, que eran Ignacio y sus compañeros, vino a ser conocida la Compañía y a crecer la fama de su nombre, que se extendió por toda Italia.

Viéndose Ignacio con la dignidad sacerdotal y conociendo bien la pureza de vida que pedía, tomó un año de tiempo para recogerse y prepararse a recibir en sus

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Tomó un año de tiempo para recogerse y prepararse.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

manos el Sagrado Cuerpo de Cristo, que es sacrificio verdadero y Hostia viva para nuestros pecados. Antes de este tiempo no confiaba que se encontrase bien dispuesto para decir su primera Misa. La cual dijo aún más tarde, que fué en la Navidad de 1538, en la iglesia de Santa María la Mayor, de Roma; esto es, año y medio después de haber sido ordenado.

Durante este tiempo se empleó día y noche, con todas las potencias de su alma, en contemplar las cosas divinas, suplicando humildemente a la gloriosa Virgen, pues es medianera entre Dios y los hombres, lo llevara a presencia de su Divino Hijo, para mejor reverenciarle y adorarle, y ser de Él conocido. Cuando estaba sumido en estas súplicas, tenía con frecuencia arrobamientos y era favorecido con celestes visiones. Cierto día, acercándose a Roma, entró en un templo desierto, que estaba a una milla de la ciudad, y se puso a orar. Y estando orando con el mayor fervor, se iluminó su alma y se esclarecieron los ojos de su espíritu, viendo con claridad cómo Dios Padre, volviéndose a su Unigénito, que traía la Cruz a cuestas, lo encomendaba a él y a sus compañeros, poniéndolos bajo la protección de su Divina Diestra. Y Jesucristo, acogiéndolos benignamen-

te, volvióse a Ignacio y con blanda y amorosa voz, le dijo:

—*Ego vobis Romæ propitius ero.* (Yo os seré propicio en Roma).

Grande fué la alegría que esta visión causó a nuestro Padre Ignacio, y al acabar las oraciones le dijo a Fabro y a Láinez:

—Hermanos míos, qué cosa disponga Dios de nosotros, yo no lo sé: si quiere que muramos en cruz o despedazados en una rueda; mas de una cosa estoy seguro, y es que sea lo que fuere, tendremos la protección de Jesucristo.

Y con esto, les contó la visión que había tenido, animándolos y confortándolos para los trabajos que habían de padecer.

De aquí viene, que habiendo determinado fundar una Compañía y tratado entre sí del nombre que se le había de poner, con el fin de presentarlo al Santo Padre, pidió Ignacio a sus compañeros que le dejasen a él poner el nombre; y habiéndoselo concedido, dijo él que se llamaría la *Compañía de Jesús*. Y esto porque, con aquella maravillosa visión y otras muchas ilustraciones que de lo Alto había recibido, Dios Nuestro Señor grabara en su corazón este sacratísimo nombre.

Después de esto comenzó el bienaventurado Padre a volver los ojos a todas partes y a considerar la grandeza del proyecto que intentaba realizar, preparándose con oraciones y confianza en Dios contra todos los contratiempos y asechanzas del enemigo. Porque dotado de facultades extraordinarias, y conociendo la maldad de los hombres y las tretas de Satanás, adivinó y pronosticó que alguna gran borrasca de trabajos iba a descargar sobre ellos. Y así, llamando cierto día a sus compañeros, les dijo:

—Yo no sé qué es esto, que todas las puertas veo cerradas. Alguna gran tempestad y tiempos adversos se nos acercan. Pero pongamos nuestra confianza en Jesucristo, que Él nos favorecerá.

La borrasca, en efecto, llegó, como había pronosticado, pero con el favor del Hijo de Dios, que le había prometido su protección, de todo triunfó la Compañía.

VI.

CRECIMIENTO Y DESARROLLO DE LA COMPAÑIA DE JESUS

CONFIRMADA la Compañía de Jesús por el Papa Paulo III, la primera cosa en que se ocuparon los Padres fué en elegir un Superior que con prudencia y sabiduría a todos los gobernase. Con este objeto fueron llamados a Roma los Padres que andaban por Italia trabajando en el servicio del Señor, reuniéndose en la Cuaresma de 1541. Faltó sólo el Padre Bobadilla, que por mandato de Su Santidad quedó en Bisiñano, ciudad de Calabria. Y como el Sumo Pontífice quería mandar a otros a varias partes, no pudo esperarse a Bobadilla ni demorar más la elección.

Reunidos, pues, en Roma, decidieron retirarse y recogerse, y no comunicarse entre sí, estando tres días en

oración. Pasados los tres días, se congregaron nuevamente y juntaron los votos, tanto de los presentes como de los ausentes, que, o habían dejado o habían mandado después de haber partido. Y todos los votos, exceptuando el del Padre Ignacio, que votaba por el que más tuviera, elegían a éste como Propósito General, de modo que no le faltó más que su voto. Viendo lo cual Ignacio, y dispuesto de corazón más que a mandar a obedecer, díjoles así:

—Yo, hermanos, no soy digno de este cargo, ni sabría desempeñarlo con eficacia; porque quien no sabe bien regirse a sí mismo, mal puede regir a otros. Y porque con toda verdad y sinceridad así lo entiendo; y porque miro los vicios y malos hábitos de mi vida pasada y los pecados y flaquezas de la presente, no puedo aceptar la carga que me echáis encima. Por tanto os ruego por el amor de Dios, que no lo tengáis a mal, y que durante otros tres o cuatro días, con más ahinco y fervor, encomendéis este asunto a Su Divina Majestad, para que, alumbrados por su divina gracia y favorecidos con su espíritu, elijamos por Superior al que tenga más dotes para regir la Compañía.

Los Padres, por no desobedecerle, accedieron a lo que les pedía, y volvieron a separarse y recogerse, es-

tando cuatro días en oración. Al cabo de este tiempo, juntados otra vez los votos y leído lo que decían, vióse que nuevamente elegían al Padre Ignacio por Superior y General. Él entonces, temiendo por una parte contradecir a todos y por otra echarse encima lo que consideraba de gran responsabilidad y carga superior a sus fuerzas, tornó a decirle:

—Hermanos, yo consultaré esto con mi confesor, y le daré cuenta de todos los pecados de mi vida, y le declararé las malas disposiciones de mi alma y las flaquezas de mi cuerpo; y si él, después de eso, en nombre de Nuestro Señor, me mandare o aconsejare que tome sobre mí tan grande carga, le obedeceré.

Al oír esto, los Padres empezaron a protestar, diciendo que estaba harto manifiesta la voluntad de Dios, y apretaban a Ignacio para que no demorase más con sus humildades, que ya parecían repugnar al Señor. Mas como no pudieran convencerle, tuvieron, al fin, que resignarse con lo que él les pedía.

Durante tres días, que fueron jueves, viernes y sábado santo, estuvo el Padre Ignacio separado de sus compañeros en San Pedro Montorio, monasterio de franciscanos. Aquí hizo una confesión general, y el día de Pascua de Resurrección expuso el asunto a su confesor,

el cual, bien enterado de lo que sucedía, le dijo que resistir a la elección era resistir al Espíritu Santo. No conforme aún con esto, le rogó que lo meditara bien y que lo encomendara muy de veras a Nuestro Señor, y que, lo que después le pareciera, lo escribiera en un billete, en el que expresaba que era su parecer que el Padre Ignacio se encargara del gobierno y dirección de la Compañía. Ya entonces aceptó Ignacio el cargo, con grandísimo regocijo para todos.

El viernes siguiente al Domingo de Pascua fueron los Padres a la Iglesia de San Pablo, en donde Ignacio dijo Misa. Y cuando llegó el momento de recibir el Cuerpo de Cristo, teniendo la patena en una mano y en la otra su profesión escrita, se volvió a sus compañeros y en voz alta les dijo:

—Yo, Ignacio de Loyola, prometo a Dios Todopoderoso y al Sumo Pontífice, su Vicario en la tierra, delante de la Santísima Virgen María y de toda la corte celestial, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vivir que se contiene en la bula de la Compañía de Jesús y en sus constituciones, así las ya declaradas como las que en adelante se declaren. Prometo también especial obediencia al Papa, y procurar que los niños y los ignorantes sean enseñados en la

santa doctrina de Cristo, Nuestro Señor y Redentor, conforme a la misma bula y constituciones.

Tras esto, recibió el Santísimo Sacramento, que es cuerpo y sangre de Jesús. Acabada la Misa y visitadas las estaciones, fuéronse todos al altar mayor, en donde están sepultados los huesos de los gloriosos príncipes de la Iglesia, San Pedro y San Pablo. Allí se abrazaron con gran amor y abundantes lágrimas, que todos derramaban de puro gozo, dando infinitas gracias a Dios porque los había hecho llegar a aquella obra y les había permitido ver aquel día, por ellos tan deseado.

Investido Ignacio con el cargo de Propósito General, comenzó seguidamente a ocuparse de todas las cosas de la Compañía, así de las generales como de las particulares de aquella casa de Roma. Y para humillarse y rebajarse más, cuanto más alto lo colocaba Dios, y para dar a todos ejemplo de verdadera humildad y mansedumbre, entró en la cocina, haciendo muchos días de cocinero, y ocupándose de otros bajos oficios. Mas como las atenciones que lo reclamaban eran cada día mayores, y algunas de mucho peso, y no podía entregarse totalmente a los trabajos humildes, de tal manera repartió el tiempo, que ni faltaba a las más graves cosas, ni desatendía las de la cocina.

Después de esto se puso a enseñar doctrina a los niños, lo que hizo en la iglesia de la Compañía por espacio de cuarenta y seis días. Y no eran sólo los niños los que acudían a oírle, sino también mujeres y hombres, tanto letrados como iletrados. Y aunque él enseñaba cosas devotas y no curiosas, y no usaba palabras pulidas sino toscas y mal limadas, movía de tal modo el ánimo de los oyentes, que al acabar la plática, muchos se iban gimiendo, y echándose a los pies del confesor, no podían declarar sus pecados, porque estaban transidos y deshechos en lágrimas y sollozos.

Y era que el Padre Ignacio predicaba con tal fuerza de espíritu y estaba tan abrasado del fuego de caridad, que arrojaba como llamas en los corazones de los oyentes; y aun callando, parecía que su semblante inflamaba a los que allí estaban, ablandándolos y derritiéndolos en el amor divino.

Fué maravilloso cómo este bendito árbol de la Compañía de Jesús extendió rápidamente sus ramas por el mundo. Porque una vez asentada y aprobados sus estatutos, el Padre Simón pasó al Reino de Portugal y allí instruyó primero a cien jóvenes nobles y después enseñó al pueblo los *Ejercicios espirituales* de nuestro Padre Ignacio, que tanto fruto de almas co-

secharon. Francisco Javier fué mandado por Dios a la India, en cuyas remotísimas tierras ejerció su apostolado con tanto celo y santidad, fundando colegios y convirtiendo a los idólatras, que al poco tiempo estaba el mundo asombrado de sus milagros y prodigios. Los Padres Salmerón y Broet fueron enviados por Su Santidad como Nuncios Apostólicos, primero a Irlanda y después a Escocia. El Padre Fabro marchó a España, y más tarde a Alemania, por orden también del Papa, y el Padre Bobadilla y otros fueron mandados a otras regiones. De modo que en el término de un año, desde que la Santa Sede confirmara la Compañía, merced al esfuerzo de los diez primeros Padres y a los que después se le unieron, la Compañía de Jesús estaba esparcida por Italia, España, Portugal, Francia, Alemania y la India.

También en pocos años, y en los primeros del generalato de San Ignacio, se fundaron varias casas y colegios, siendo uno de los más célebres el que se estableció en Coímbra, obra de la generosidad cristiana del rey de Portugal, don Juan, que fué un gran protector de la Compañía, el colegio de Goa, orientado por el celo y prudencia de San Francisco Javier. En pocos años, este colegio llegó a tener más de ciento

veinte alumnos, que se adiestraban o instruían en la defensa y propagación de nuestra fe.

Fundóse también la casa de Roma, madre de todas las demás, aunque puede decirse que esta casa nació con la Compañía misma, pues por el celo y caridad del Padre Pedro Codacio, le fué dado el templo de Nuestra Señora de la Estrada, que era entonces parroquia. Esta iglesia era muy pequeña y angosta; pero después, no cabiendo en ella la mucha gente que concurría a oír la palabra divina de boca de los Padres, se fué ensanchando con varios cuerpos, hasta que, en 1568, el Cardenal Alejandro Farnesio, Vicecanciller de la Santa Iglesia Romana y pariente del Papa Paulo III, que fué el que dió a la Compañía su primera confirmación, mandó construir un suntuoso templo, de forma y traza maravillosas, que donó a la Compañía.

Por este tiempo fundóse en Padua otro colegio, debido a la diligencia y sabio esfuerzo del Padre Láinez, quien tuvo que vencer toda clase de dificultades y contratiempos; y en España erigióse el célebre colegio de Alcalá, cuya piedra angular fué la extraordinaria virtud del Padre Francisco Villanueva, hombre sin letras ni alcurnia, pero de tanto espíritu y pruden-

cia, que hizo de este colegio una de las principales instituciones de enseñanza.

En el año 1542 entraron algunos de los miembros de la Compañía en Flandes, lo que hicieron, no tanto por su voluntad, como por la fuerza de las circunstancias. Y fué el caso que habiendo estallado súbitamente la guerra entre el Emperador Carlos V y el Rey de Francia, se ordenó por real decreto que todos los españoles salieran de esta nación, teniendo algunos de nuestros Padres y otros españoles que allí había, que pasar a Flandes, país que entonces pertenecía al dominio de España.

No solamente cuidaba el Padre Ignacio de las cosas domésticas y de las que tocaban al gobierno de la Compañía, sino también de lo que convenía al provecho espiritual del pueblo de Roma. Con este cuidado, consiguió desarraigar muchos vicios y malas costumbres de la ciudad, e instituir obras de gran servicio para Dios y beneficio de las almas. En este orden, lo primero que hizo fué remover un decreto del Papa Inocencio III, en el que se mandaba que los médicos no presten atención a los enfermos, si éstos antes no se hubieran confesado. Mas para dar a este decreto una suave moderación, consintió que, en caso

de urgencia, el médico visite una o dos veces al paciente, pero no la tercera, si éste no hubiera curado su alma de pecado, haciendo una confesión.

También, habiendo en Roma gran número de judíos, no existía ninguna casa ni lugar donde recibir a los que quisieran convertirse; ni existían maestros señalados para instruir en la fe a los que ingresasen en nuestra santa religión. No había tampoco rentas ni ninguna clase de recursos para sustentarlos y atender sus necesidades. Pues para que no se perdiera tanto fruto, no dudó nuestro Padre, con toda la pobreza y estrechez de su propia casa, en albergar en ella a los que se quisieran convertir, alimentándolos, adoctrinándolos y procurándoles después algún oficio donde vivieran entre cristianos.

Mas para que esto no durara poco tiempo y se acabara con su vida, consiguió el Padre Ignacio que se edificara en Roma una casa de catecúmenos, en la que se recibiera y sustentara a los que pedían el bautismo. Consiguió también del Papa Paulo III, que de allí en adelante, los judíos que se convirtieran no perdieran nada de su hacienda, como antes sucedía, ni salieran con menoscabo material por la ganancia espiritual.

Había también en Roma por aquel entonces muchas mujercillas públicas, abrasándose la ciudad en aquel fuego infernal. No faltaban algunas de estas mujeres que, inspiradas por Dios, querían apartarse de la mala vida que llevaban. Para recibir a las que así deseaban abandonar el mal camino, existía en Roma el monasterio de Santa María Magdalena, llamado comúnmente de las Arrepentidas, pero no se admitían en él sino a las que querían encerrarse para siempre y entrar en religión, consumiendo el resto de sus días en obras de penitencia. Entendió el Padre Ignacio que esto, con ser muy bueno, no podía ser por todas aceptado, porque si hay muchas que desean salir de tan mal estado y de vida tan pecaminosa, no todas tienen la fuerza suficiente para entregarse totalmente a Dios. Y así, mirando esto, y queriendo aprovechar a todas aquellas almas, de manera que, por no tener qué comer ni dónde refugiarse, continuaran en tan abominable vida, gestionó y consiguió la creación de una nueva casa, en donde todas fuesen recibidas. Y era tanta la caridad y el celo de nuestro bienaventurado Padre para salvar las almas de aquellas pobrecitas mujeres, que ni sus canas ni su cargo de Propósito General de la Compañía, eran razón pa-

ra que él mismo dejara de llevarlas y acompañarlas por las calles de Roma, conduciéndolas personalmente al Monasterio de Santa Marta, que fué el que se creó para este fin, o a casa de alguna señora piadosa, donde fuesen instruídas en la virtud. En esta obra tan caritativa, señalábase particularmente la bondad y santo celo de doña Leonor Osorio, esposa del entonces Embajador de España, don Juan de Vega.

Solían algunos decir al Padre Ignacio que por qué perdía el tiempo y el trabajo en procurar remedio a aquellas mujerzuelas, que teniendo callo hecho en el vicio, pronto volvían nuevamente a él. A lo que el santo contestaba:

—No tengo yo por perdido este trabajo; antes os digo que si pudiera con todos los cuidados de mi vida conseguir que alguna de estas infelices fuere buena un solo día, los daría por bien empleados, a trueque de que en tan breve tiempo no ofendieran la Majestad de Dios.

No menos trabajó nuestro Padre en el socorro de los huérfanos, y por sus prédicas y consejos se hicieron en Roma dos casas, una para niños y otra para niñas que no tuvieran padres y estuvieran desamparados.

También buscó manera de ayudar a las doncellas pobres, que están en peligro de perder la castidad, o por descuido de las madres o por necesidades económicas. Para este objeto se fundó en Roma aquel loable establecimiento de Santa Catalina, en el cual se recogía a las muchachas que estaban en peligro de perderse.

Estas y otras son las obras que llevó a cabo el santo Ignacio para provecho de las almas y mayor gloria de Dios.

VII.

DONES Y GRACIAS DEL CIELO

Habiendo Dios, Nuestro Señor, elegido a San Ignacio para cabeza y fundador de obra tan grande como es la Compañía de Jesús, le elevó a un raro primor de espíritu y alteza de santidad, llenándolo de sus dones y favores con frecuentes visitaciones del Cielo. Obró grandes milagros en vida y en muerte, y lo que es más, actos de virtudes heroicas y obras utilísimas a la Iglesia. Pese a que es muy difícil penetrar en el alma de los Santos, de lo poco que podamos, diremos algo de lo que el Altísimo hizo en la de San Ignacio.

Lo primero, dotó su alma de una sabiduría divina, infundiéndole un altísimo conocimiento de Dios, y aún de misterio tan alto como es el de la Trinidad, acom-

pañando tales ilustraciones con luces muy sublimes acerca de la misma divina Esencia.

Ya al principio de su fervorosa conversión, siendo hombre sin letras, fué tan maravillosamente ilustrado sobre el misterio de la Santísima Trinidad, en la unidad de la Esencia y trinidad de Personas, que compuso un libro de este misterio, no teniendo entonces más enseñanza que la del Cielo, que le descubría con frecuentes revelaciones y sublimes visiones los misterios más altos de nuestra Religión. También se le manifestó el Espíritu Santo mientras escribía las Constituciones de la Compañía, según es tradición.

Aparte de esto, la Sacratísima Humanidad de Cristo, Nuestro Señor, visitó a San Ignacio en distintas ocasiones. Cuando iba a Roma para fundar la Compañía, se le apareció Dios Padre con una luz clarísima, poniendo a Ignacio, que estaba presente, y a todos sus compañeros, bajo la protección de su Divino Hijo, a quien también vió Ignacio con la Cruz a cuestas y oyó de sus divinos labios estas palabras: "Yo os seré propicio en Roma".

Estando en Manresa contempló varias veces al Salvador del mundo, como un hombre de treinta y tres años, lo mismo que cuando andaba por la tierra, res-

plandeciente el rostro, con una gran majestad y gravedad divina, que le sonreía, le hablaba y se acercaba tanto a él, que nuestro Santo no sabía si llorar o reir de gozo, siendo el mismo Señor quien, con una llaneza y afabilidad admirables, continuaba la plática, enseñando y dirigiendo a su fervoroso imitador.

Camino de Venecia, viéndose desamparado de todos y sin humano remedio, se le apareció Jesucristo, lo levantó del suelo donde yacía sin fuerzas y lo consoló de sus tribulaciones, animándolo a sufrir más por su amor. En el viaje a Jerusalén lo visitó y consoló varias veces, y estando en Tierra Santa, cuando fué maltratado por un criado de los Franciscanos, entre aquellas injurias se le manifestó Jesucristo, que iba delante de él, y lo acompañó hasta las puertas del convento.

Estando oyendo misa el primer año de su conversión, vió clarísimamente, cuando alzaban, cómo estaba en la hostia Cristo, Señor Nuestro. Otra vez que fué preso y maltratado por unos soldados, se le apareció el Nazareno cuando los soldados de Herodes lo llevaban por las calles de Jerusalén. Otras veces se le mostró el Salvador y lo recreó con su presencia, así en Manresa como en otras partes.

Fueron muy señalados los favores que hizo la Reina

de los Cielos a su devoto hijo Ignacio y aparte de la regaladísima visita que le hizo cuando le dió la virtud de la castidad y de las ilustraciones cuando escribió el libro de los Ejercicios, en la época en que escribía las Constituciones de la Compañía, vió también, estando consagrando, a Dios Padre muy propicio y benigno, que le daba a entender serle muy grato que la Virgen rogase por él; y luego vió a esta Señora que lo encomendaba al Padre Eterno.

El eminentísimo Cardenal Ludovisio afirma que más de treinta veces fué el santo Padre Ignacio visitado por Nuestro Señor Jesucristo y por su Santísima Madre; lo que debe entenderse, como consta en el proceso de su canonización, que esto fué solamente durante los ocho últimos meses que estuvo en Manresa.

También los Santos visitaron a Ignacio, como aconteció cuando estando deshauciado de los médicos, se le apareció el Apóstol San Pedro y le sanó milagrosamente. Y no fué sin conveniencia este favor del Cielo, que a quien había elegido Dios para defender su Iglesia y dilatar su fe, viniese a curar quien fué su primera piedra y Príncipe después de Cristo. Esta protección de San Pedro se mostró en otros sucesos, y no es poco argumento haber recibido San Ignacio seme-

jantes favores del Apóstol, pareciéndosele en la firmeza de la fe, revelación de sus misterios y en el don de lágrimas, en el ardiente amor a Cristo y a sus ovejas, en la aparición semejante del Hijo de Dios, encontrando uno y otro Santo en el camino de Roma a Cristo con la cruz a cuestas.

Del mismo modo se le aparecieron a San Ignacio los ángeles y otras almas santas. Estando en el monte Casino, queriendo rogar a Dios por la salud del Padre Diego de Hoces, que sabía estaba enfermo, vió de repente el alma de dicho Padre, que fué el primero que murió de la Compañía, llena de resplandores de gloria y conducida al Cielo por muchos ángeles.

En cuanto a la virtud de la oración, que San Ignacio ponía en tan alto lugar, como que es la que une al hombre con Dios y con la que se saca de la fuente caudalosa de la Divinidad el agua viva para regar las almas de los prójimos, diremos en cuán alto grado Dios se la comunicó.

Desde que Nuestro Señor le abrió los ojos con su luz y conocimiento, tuvo grandísimo cuidado de la oración, ocupándose en ella con todas sus fuerzas todo el tiempo que podía.

Después que se ordenó de Misa, cuando rezaba las

horas y se ocupaba en cumplir el Oficio Divino, era tanta la abundancia del celeste consuelo y tantas las lágrimas que derramaba, que le era forzoso hacer pausas casi en cada palabra, de manera que se le pasaba gran parte del día en decir el Oficio. Con esto estuvo a punto de perder la vista, a causa de llorar tanto, siendo preciso que sus compañeros consiguieran del Sumo Pontífice dispensación para que no fuese obligado a rezar el Oficio, como todos los sacerdotes lo hacen.

En las cosas graves, aunque tuviera muchas razones para ocuparse de ellas inmediatamente, nunca lo hacía sin antes haber pedido luces a Dios con sus oraciones. Generalmente hacía más oración y guardaba más esto cuando escribía reglas y ordenaciones para la Compañía, aconteciéndole que en un solo punto de las Constituciones invirtió cuarenta días, por lo mucho que pedía inspiración al Cielo.

No pasaba hora del día que no se recogiera dentro de sí, y dejando todo lo demás, examinaba cuidadosamente su conciencia. Y si, por cualquier circunstancia, se le presentaba algún asunto tan grave o tan urgente que no le permitiera cumplir en aquella hora con esta devoción, lo hacía a la siguiente, o tan pronto como la ocupación se lo permitía.

Veíasele a menudo, con pretexto de cosas pequeñas, levantar su pensamiento a Dios, que aún en las mínimas es admirable. Contemplando una planta, una hierba, una hoja, una flor o un gusanillo, se elevaba a la consideración del que todo lo ha creado, y de cada cosita de éstas, sacaba doctrina y avisos provechosísimos para la vida espiritual. Y así deseaba que todos los de la Compañía se habituasen a tener presente a Dios en todas las cosas, y que a Él elevasen sus corazones, no sólo en la oración retirada, sino también en las otras ocupaciones, de manera que no sintiesen menos devoción en la acción que en la meditación. Y decía que este modo de orar es muy provechoso para todos, principalmente para los que están ocupados en cosas exteriores, alejados del divino servicio.

Solía orar con tanto fervor y vehemencia, que de la mucha atención y grande fuerza de espíritu que ponía le acaeció caer enfermo. En 1550 estuvo en peligro de muerte por haber celebrado dos Misas, una tras otra, el día del nacimiento de Nuestro Redentor. Esta atención de ánimo no la ponía solamente en la Misa, sino en todas las cosas, aún las más mínimas que se referían a Dios. Cuando bendecía la mesa, cuando daba gracias y en todas las otras obras, se recogía y en-

traba tan dentro de sí, que parecía tener presente la Majestad de Dios; y siempre, antes de la oración, preparaba su alma y entraba en lo íntimo de su ser, inflamándose de tal modo en amor divino, que el fuego interior le salía al rostro.

Hablando con Dios desde lo íntimo de su corazón, decía: "Señor, ¿qué puedo querer yo fuera de vos?". Y porque conformaba en todo su voluntad con la voluntad divina, y no quería ni dejaba de querer más que lo que Dios quería o no quería, regalábale el Señor en todas las cosas con una rara, continua y uniforme consolación, dándole paz en ellas, porque las tomaba como de su santísima mano.

Comparando los tiempos pasados con los presentes, hallaba que cada día había aprovechado más y ganado más en los santos deseos, hasta el punto de que en su vejez solía decir que aquel estado de alma que tuvo en Manresa, y al que, en el tiempo de sus estudios, llamaba su iglesia primitiva, había sido como un noviciado, pues cada día iba Dios hermoseando más su alma y perfeccionando más con colores lo que en Manresa fuera un simple dibujo.

Era tanto el gozo y consolación que sentía su espíritu y tantas las lágrimas que derramaba cuando se

ponía en oración, que el cuerpo se le debilitaba y enflaquecía; mas aunque él sentía esto, no por eso mitigaba sus rezos, porque tenía en más la suavidad del alma que la salud del cuerpo. Sólo cuando los médicos le advirtieron cuanto dañaba su salud aquel continuo derramamiento de lágrimas y como por esto no podía atender debidamente las cosas de su ministerio, suplicó al Señor que le diese imperio y dominio sobre ellas. Lo cual alcanzó de tal manera, que parecía tenerlas a su arbitrio, para derramarlas o reprimirlas según quisiera.

Era ardentísimo el deseo que tenía de abandonar la cárcel y prisión de su cuerpo y suspiraba tanto su alma por verse con Dios, que pensando en su muerte, no podía detener el llanto que de pura alegría brotaba de sus ojos, deseando con el Apóstol más ser desatado y vivir con Cristo, que encerrado en su propia carne. Y en este deseo ardía, no sólo por alcanzar para sí aquel sumo bien y descansar en él con tan dichosa visión, sino mucho más por contemplar la felicidad gloriosa de la sacratísima humanidad del Señor, a quien tanto amaba.

De este gran deseo y meditación de la muerte le venía al santo Padre el maravillarse cuando oía decir

a alguno que "de allí a tres o cuatro meses, haría esto o lo otro", y, como admirándose, solía reprenderlo amorosamente con estas o parecidas palabras:

—Jesús, hermano, ¿tanto pensáis vivir como eso?

El célebre Padre Láinez tuvo la curiosidad de saber cómo oraba San Ignacio, y lo vió de esta manera: Subíase a un terrado o azotea, desde donde se descubría el cielo; allí se ponía en pie, quitaba su bonete, y sin menearse, estaba un rato con los ojos fijos en lo alto. Luego, hincándose de rodillas, hacia una humillación a Dios. Después de esto se sentaba en un banquillo bajo, porque la debilidad de su cuerpo no le permitía hacer otra cosa, y así quedaba, con la cabeza descubierta, derramando lágrimas hilo a hilo, con tanta suavidad y silencio, que no se le sentía ni sollozo ni gemido, ni movimiento alguno de su cuerpo.

Ningún ruido por grande que fuera le estorbaba cuando se ponía en oración, a no ser que él hubiera dado causa para ello, pues en este caso la menor cosa lo turbaba. De manera que lo que le inquietaba en la oración, no era el ruido que sentía, sino el descuido o culpa que le parecía haber tenido al no evitar aquel estorbo.

Estando un día de invierno orando en su aposento,

fué el portero a llamarle. Golpeó una y dos veces a su puerta, sin obtener contestación. A la tercera, abrió el Padre y preguntóle qué quería.

—Dar estas cartas a vuestra reverencia —contestó el portero—, que el que las trae dice que vienen de su tierra.

Tomólas Ignacio y después de cerrar la puerta, echólas al fuego sin abrirlas, volviendo nuevamente a la oración.

Mirando sus faltas y llorándolas, decía con frecuencia que, para castigo de ellas, deseaba que el Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, con el fin de que anduviese más cuidadoso y cauto en su servicio; pero que era tanta la misericordia del Señor para con él, y tanta la suavidad y dulzura de su gracia, que cuanto más él deseaba ser castigado, tanto más el Señor se mostraba benigno y generoso, prodigándole en abundancia los tesoros de su bondad. Y solía decir respecto a esto que no creía que existiese en el mundo otro hombre en el que concurrieran estas dos cosas: el faltar tanto a Dios y el recibir tantas y tan continuas mercedes de su mano. Y aún agregaba que esta misericordia usaba el Señor con él por sus flaquezas y miserias, y por lo mismo le había comunicado la

gracia de la oración, pues siendo viejo, enfermo y cansado, no estaba para ninguna otra cosa, sino para entregarse del todo a Dios.

De lo dicho hasta aquí puede bien entenderse cuán encendido y abrasado estaba el corazón del Padre Ignacio en el fuego del amor de Dios y de sus prójimos y los resplandores que alumbraban las obras de caridad que continuamente hacía; pues todos sus afanes y cuidados miraban a la salvación de las almas, a desarraigar pecados y a conservar y acrecentar todo lo bueno. Pero de los ejemplos que siguen se verá esto aun más claro.

Estando un hombre, en París, miserablemente perdido de unos amores deshonestos, como no pudiese el Padre separarlo de tan ruin esclavitud, fué un día a esperarle fuera de la ciudad; y sabiendo que había de pasar por junto una laguna, metióse en el agua fría hasta los hombros. Desde allí, cuando vió al hombre que iba para la casa de la mujer con quien tan mal vivía, le dijo a grandes voces:

—Anda, desventurado, anda; vete a gozar de tus sucios deleites. ¿No ves el golpe que viene sobre ti de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno, que está abierto para tragarte? ¿Ni el azote que te aguarda y con

toda furia va a descargar sobre ti? Anda, que aquí me estaré yo, atormentando y haciendo penitencia, hasta que Dios aplaque el justo castigo que contra ti tiene preparado.

Espantóse el hombre con tan señalado ejemplo de caridad y, herido por la mano de Dios, desanduvo el camino, apartándose de tan peligrosa senda y de la torpe amistad que lo tenía cautivado.

Decía el santo Padre que si para salud de las almas importase algo que él fuese por las calles descalzo y cargado de cosas infames y afrentosas, ninguna duda tendría en hacerlo; y que no había en el mundo traje tan inmundo ni vestido tan vergonzoso, que, por ayudar a un alma a salvarse, él no lo pusiere de buena gana. Lo cual demostró con sus obras en diversas ocasiones.

Guardó siempre con grandísimo cuidado el no volver a nadie mal por mal, sino vencer siempre y sobrepujar el mal con bien, conforme al precepto del Apóstol. De manera que procuraba siempre fuesen mayores los bienes que hacía que los males que recibía. Con este proceder, habiendo sido muchas veces perseguido y provocado a justa indignación, jamás dió muestras de

maldad, ni procuró vengarse, aunque hubiera podido hacerlo muchas veces impunemente y sin peligro.

Estudiando el Padre Ignacio en París, un compañero de aposento le gastó todo el dinero que tenía, el cual él le había dado a guardar, dejándolo en tal estado de miseria, que para comer y proseguir sus estudios tuvo que pedir limosna de puerta en puerta. Pues del que tal cosa hizo se vengó de esta manera: Yéndose éste para España y esperando embarcación en Ruán, que está como a 28 leguas de París, cayó enfermo de una grave dolencia, y conociendo la bondad y caridad del Santo, le escribió amigablemente, dándole cuenta de su situación y pidiéndole, como si le hubiera hecho algún favor, que fuese a socorrerle y ayudarle a salir de tal estado.

No dejó el santo Ignacio perder tan buena ocasión para ejercer su caridad y ofrecer su salud y vida por la vida y salud de aquél de quien quería vengarse, echándole sobre la cabeza, no brasas de venganza, sino de amor y caridad. Determínase, pues, a partir para Ruán en busca de aquel hombre, para ayudarle en todo lo que pudiese, y con gran alegría de espíritu y fortaleza de ánimo, caminó tres días descalzo y en ayunas, no probando en el camino ni una gota de agua, ofreciendo

a Nuestro Señor este trabajo y penitencia por la salud y vida del que le había engañado.

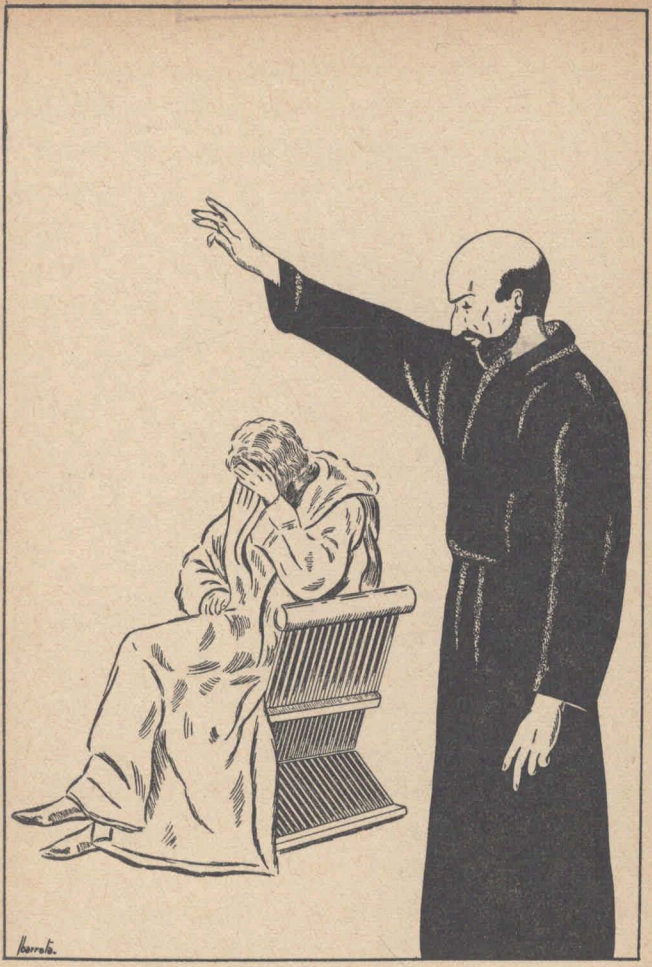
También hubo en París otro hombre que había recibido del Padre grandes favores; el cual hombre, inspirado por Satanás y saliendo fuera de sí, determinó matarle. Una noche, subiendo la escalera de la casa en donde Ignacio vivía, y llevando el propósito de realizar su criminal idea, oyó una voz que le dijo: "Desventurado de ti, ¿qué quieres hacer?". Aturdido y espantado con la terrible voz, cambió el propósito que llevaba y entrando en el aposento de San Ignacio, se arrojó a sus piés llorando y le contó lo sucedido.

El amor que demostraba para los extraños y enemigos, lo tenía también para los suyos. Un Hermano de la Compañía, siendo gravísimamente tentado del demonio y habiendo determinado dejar a Dios, que es fuente de agua viva, para beber de nuevo en los sucios aljibes del siglo, que no pueden ofrecer ni el agua de la gracia ni el verdadero descanso, no quería manifestar la causa de su loca determinación; y sospechando el Padre que aquel Hermano había cometido algún pecado en el siglo, que de vergüenza no quería confesar y que de aquí le venía el desasosiego y malestar que sentía, usó con él este procedimiento. Llamó aparte a dicho

Hermano y hablándole con gran amor, le declaró él mismo su vida pasada, manifestando cuán ciego, descaminado y perdido había andado con la vanidad del mundo y el deleite de sus sentidos, y cuán encarnizado y preso había estado en el falso amor de las criaturas, procurando de esta manera que aquel Hermano tuviera menos vergüenza para confesar sus faltas y aprendiese a sentir bien la bondad y misericordia de Dios. Porque, como dice el Sabio, hay una vergüenza que acarrea pecado y otra que lleva consigo gloria y gracia.

Entre todas las virtudes que el santo Padre Ignacio tuvo, fué una muy señalada la del agradecimiento. Porque tenía grandísima cuenta, no solamente de ser agradecido a Dios, Nuestro Señor, sino también a los hombres por su amor, y esto con obras y palabras. Consideraba que la Compañía, aunque esté derramada y extendida por todo el mundo, constituye un solo cuerpo que tiene varios miembros, unidos entre sí y atados por el vínculo de la caridad; y como él era cabeza de este cuerpo, parecíale que todo lo que se hacía en beneficio de cualquiera de sus miembros, tocábale a él reconocerlo y agradecerlo. Y así, teniendo particular cuidado de todos los bienhechores, mostrábale a todos gran afecto, pero especialmente a los mayores, hacien-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Llamó aparte a dicho Hermano y hablándole con gran amor...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

do que toda la Compañía los tuviera presentes y los encomendara a Dios en sus oraciones. Solía también visitarlos, convidarlos y comunicarles los sucesos de la Compañía.

VIII.

HUMILDAD Y PRUDENCIA DEL PADRE IGNACIO

DESDE que comenzó a servir a Dios, se abrazó fuertemente con la virtud de la humildad, que tuvo por madre y piedra fundamental de todas las virtudes, andando roto y medio desnudo, y en los hospitales, como entre los pobres, menospreciado y abatido, deseando no ser estimado de nadie y gozando cuando era perseguido y afrentado por amor de Jesucristo, como se ve en todo el curso de su vida, conforme a la cual fué su doctrina.

Decía que los que pretenden subir muy alto, han de comenzar de muy bajo, y que a medida que ha de elevarse el edificio, han de bajar los cimientos. Así, cuando mandaba a alguno de sus compañeros a con-

quistar almas para el Señor, les enseñaba que para salir bien de las cosas grandes y arduas, procurasen hacer siempre el camino de la humildad y desprecio de sí mismo, porque entonces estaría la obra tan segura, cuanto estuviera fundada en esta virtud.

Llegó él a tanto grado de humildad por la divina gracia, que muchos años antes de su muerte no fué tentado de vanagloria alguna. Y es que estaba su alma tan esclarecida con la luz del Cielo, y tenía tan grande conocimiento y menosprecio de sí, que solía decir que a ningún vicio temía menos que a este de la vanagloria, que es un gusano que roe hasta los cedros del Líbano, y que nace comúnmente del desconocimiento y ciego amor de sí mismo.

Se advirtió varias veces que cuando en alguna conversación familiar se hablaba de lo extendido que estaba la Compañía, o del fruto que de ella se sacaba, o de cualquier otra cosa que pareciese envolver un elogio para el fundador, él se retiraba, recogiéndose a orar y llorando de vergüenza, acaso por el asomo de vanidad que había sentido.

Decía que todos los de la casa le daban ejemplo de virtud y materia de confusión, y que de ninguno de ellos se escandalizaba, sino de sí mismo. Y no es sor-

prendente que dijese esto de los compañeros que tenía en su casa, pues ya en una carta había escrito que cuando para tratar de las cosas de Dios consultaba con *alguno de ellos, por pecador que fuese, le parecía ganar* mucho, por considerarse, sin duda, más pecador que él.

Un día manifestó que había de suplicar a Nuestro Señor que cuando él muriese, echasen su cuerpo a un muladar, para que fuese comido por los perros; "porque siendo yo, como soy, un muladar abominable y un poco de estiércol vil, ¿qué otra cosa puedo desear para castigo de mis pecados?".

Cuando no tenía claridad y evidencia de las cosas que meditaba, fácilmente se dejaba llevar del parecer ajeno, y aunque era Superior, se igualaba en todo con sus súbditos.

Deseaba que todos se burlasen de él, y decía que si se dejara llevar de su fervor y deseo, andaría por las calles desnudo y emplumado y lleno de lodo, para ser tenido por loco. Mas reprimía estos grandes impulsos de humildad el deseo de ayudar a los prójimos, haciendo que se tratase con la decencia que a su oficio y autoridad convenía y dejando estas mortificaciones extraordinarias; aunque siempre que se le ofrecía la ocasión de humillarse, la aprovechaba, y aún la buscaba

muy de veras. Y entendía y enseñaba que era mejor para la conversión de las almas este afecto de verdadera humildad, que mostrar una autoridad que tuviera algún resabio y olor de mundo.

Pocas veces, y no sin grave causa, hablaba de sus cosas, a no ser para curar algún alma afligida y consolarla con su consejo, o para animar a sus compañeros con su ejemplo y templarlos contra las dificultades que se le ofrecían; y aún esto era con gran cautela y moderación, y a los principios de la Compañía, porque después de fundada, encubría sus cosas con extraño silencio.

Mas aunque en todas estas cosas que hemos dicho, y en muchas otras que podríamos decir, resplandece la humildad de San Ignacio, en donde más se descubre es en aquel rehusar la honra y la dignidad de General que con tanta unión y conformidad de los electores se le daba, y en el empeño que más tarde puso para renunciar el cargo. Y esto nacía puramente de tenerse él, como lo afirmaba delante de Dios, por insuficiente para el gobierno, y de persuadirse que estaba muy lejos de tener las dotes que se requerían para regir bien a otros... Porque esto es lo que más admira a los que le conocieron y sabían que le había Dios, Nuestro Señor,

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

dado por misericordia todos los dones que son necesarios para bien gobernar.

Tuvo, con la divina gracia y con el continuo trabajo y cuidado que puso, tan sujetas sus pasiones y tan sometidas a la razón, que aunque no había perdido los afectos naturales del alma, porque esto fuera dejar de ser hombre, parecía que no entraba en su corazón movimiento ni apetito ninguno de condición humana. Y aunque era por temperamento colérico y ardiente, viendo los médicos la lenidad y blandura de sus palabras y sus obras, le tenían por flemático y frío. Pero es de notar, que habiendo vencido con voluntad y virtud lo que tenía de condición colérica, se quedaba con el vigor y brío que la cólera suele dar, lo que era necesario para llevar a cabo todas las cosas que trataba. De manera que la moderación y templanza del ánimo no le hacía flojo ni remiso, ni le quitaba nada de la eficacia y fuerza que algunas obras requerían.

Tuvo siempre muy mortificada la carne y los afectos naturales de los parientes, y así, como si fuera hombre nacido sin padre y sin madre y muerto totalmente para el mundo y para todas las cosas del mundo, como dice San Pablo de Melquisidech, no tenía relación de sangre ninguna con sus deudos, a los cuales procuraba

aprovechar con sus oraciones para que fuesen siervos del Señor y a Él se consagrasen. De modo que lo que hacía por ellos no lo medía con el afecto natural, sino con la regla del espíritu religioso y verdadera caridad.

Estando una sobrina suya, heredera de la casa de Loyola, para casarse, y solicitándola por mujer varios caballeros principales, escribieron al Padre a Roma los duques de Nájara y de Alburquerque, cada uno por su parte, rogándole encarecidamente que escribiese a su tierra y procurase que su sobrina tomase por marido a cierto caballero rico que le nombraban en sus cartas. Respondió el Padre a estos señores que aquel casamiento, aunque era de su sobrina, no era cosa de su profesión ni a él tocaba en nada, por haber muchos años antes renunciado a estos cuidados y a todos los del mundo, y que no debía volver a lo que había dejado y tratar cosas ajenas a su vocación, vistiéndose otra vez con las ropas de los cuidados terrenos y ensuciando en ellos los pies que, a costa de grandes trabajos y con el favor divino, había lavado. Y para que esto mejor se entienda, como cosa que tanto importa, con las mismas palabras del Padre, reproducimos aquí la carta que escribió al duque de Nájera en respuesta a la suya, que dice así:

"La suma gracia y amor eterno de Cristo, Nuestro Señor, salude y visite a V. S. con sus sumos dones y gracias espirituales. Una de V. S. de 21 de febrero me dió ayer el señor don Juan de Guevara; y no me detendré en excusar el descuido que en el escribir de mi parte he usado, pues según mi modo de proceder, y de todos los que dejan el mundo por Cristo, Nuestro Señor, es, cuanto pueden, olvidarse de las cosas de la tierra, por más acordarse de las del Cielo, y tener tanta menos cuenta en cumplimientos humanos, cuanto más entera la deben tener con lo que toca al servicio divino. Pero si se hubiera ofrecido en que, a gloria de Dios, Nuestro Señor, servir a V. S., yo no hubiera faltado, conforme a mi pobre profesión, de mostrar la afición que yo debo a la persona y casa de V. S. porque los favores y amor de sus antepasados a ello me obligaron. Y así, en mis oraciones pobres, que es en donde solamente se me ha ofrecido servir, he encomendado, y encomendaré, mediante la gracia divina, la persona y todas las cosas de V. S. a Dios, Nuestro Creador y Señor, cuya especial protección y gracia muy abundante deseo sienta siempre V. S. y toda su casa, a gloria de su Divina Majestad.

Cuanto al negocio del casamiento de que V. S. me

escribe, es él de tal calidad y tan ajèno a mi profesión mínima, que yo tendría por cosa muy apartada de ella entretenerme en él; y es cierto que diez y once años han pasado que yo no he escrito a ninguno de la casa de Loyola, haciendo cuenta que a ella, junto con todo el mundo, una vez la ha dejado por Cristo, y que no debo tornar a tomarla por propia por ninguna vía. Con esto, si V. S. cree que será a mayor gloria divina que se haga este ayuntamiento de estas dos cosas, y que ella tornará bien para el fin que todos debemos desear, paréceme convendría escribir al señor de Azaeta y Martín García de Loyola, mis sobrinos, para que se viesen con V. S. y personalmente se tratase de ello; porque en estos dos creo que está toda la cosa de aquella parte, como al señor don Juan le ha hablado largo sobre todo. Y así, no me queda otro que decir en esto, sino remitirme a todo lo que bien parecerá a V. S. en el Señor Nuestro; a quien suplico, por su infinita y suma bondad, a todos dé su gracia cumplida, para que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella perfectamente cumplamos. De Roma, 26 de agosto de 1552".

Si siguiera su gusto e inclinación natural y aún el provecho que sacaba del canto, con el cual maravillosa-

mente se recreaba y enternecía su alma, y hallaba a Dios, pusiera coro en la Compañía; mas como no tenía cuenta en ninguna cosa con su gusto e inclinación, sino con lo que era más agradable y para mayor servicio del Señor, dejó de ponerlo. Porque Dios, Nuestro Señor, le había enseñado que se quería servir de los suyos en otros ejercicios y servicios diferentes, y que aunque sea tan provechosa como es en su Iglesia la ocupación de cantar en el coro, no era esta la vocación para que Dios lo había llamado.

Cuando se le decía alguna cosa de las que suelen irritar a los hombres y moverlos a ira, se concentraba en sí y recurría a Dios, y pensaba atentamente lo que debía responder. De aquí se seguía que ni se precipitaba en las palabras, pues iba la razón delante de ellas, ni perdía la paz interior y tranquilidad de su alma. Y este hablar sobrepasado y meditado no lo tenía solamente en estas ocasiones en que la pasión podía violentarlo, sino en todo lo que decía.

Fué muy mesurado en alabar y mucho más en censurar. Raras veces usaba los nombres que en latín llaman superlativos, porque en ellos se suelen encarecer las cosas más de lo justo. Nunca hablaba de los vicios ajenos, aunque fuesen públicos y anduviesen por las

plazas, y procuraba que sus discípulos hiciesen lo mismo. Pero si alguna vez se descuidaba y trataba algo de lo que iba en boca de todos, o lo excusaba o lo alababa; y cuando esto no podía porque la culpa era evidente y no daba lugar a excusa, entonces recurría a la Escritura y decía: "No queráis juzgar antes de tiempo" y al otro dicho del Señor a Samuel: "Dios solamente es el que mira los corazones", y: "En el acatamiento de su Señor está cada uno en pie o caído". Cuando más condenaba, era diciendo: "Yo, ciertamente, no lo hiciera así", como si tuviera impresas en su alma aquellas palabras del Señor: "No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados".

Para las faltas de los suyos tuvo siempre una gran delicadeza, y si alguno hacía alguna cosa menos decente de lo que convenía, no se lo decía a nadie, sino al que la hubiera hecho; y esto con tanto miramiento y recato y con tanto respeto para su buen nombre, que corregía sin lastimar".

La fuerza y eficacia de su palabra parecía más que humana, pues movía los corazones de todos los que le oían, y no por la elegancia del lenguaje, sino por el peso y fuego comunicativo de las cosas que decía. A hombres duros y obstinados los ablandaba como cera,

trocándolos de tal modo, que ellos mismos se admiraban. Y esto no lo conseguía solamente con los rudos y de baja condición, sino también con los señores de gran autoridad y letras.

La compasión y misericordia que tuvo para todos, así para los suyos como para los extraños, fué muy grande, como nacida de un corazón que era mayor que el mundo entero. De aquí el compadecerse tanto de los enfermos y cuidar tanto de ellos. Cuando no había dinero para comprar las cosas que el enfermo requería, mandaba vender cualquier alhaja de la casa, y si esto no bastaba, mandaba que se vendiesen las ropas de la cama para comprar las medicinas.

—Más estimo yo la salud de cualquier Hermano —solía decir—, que todos los tesoros del mundo—. Y aún agregaba: —Cuando uno está enfermo, no puede trabajar ni ayudar a los prójimos; cuando está sano puede hacer mucho bien en servicio de Dios.

—No quiero —escribe Rivadeneira— dejar de decir lo que a mí, estando enfermo, me aconteció. Habíame sangrado en un brazo, y puso el Padre quien estuviera conmigo aquella noche. No contento con esto, estando todos durmiendo a la media noche, sólo el buen Padre velaba. Dos o tres veces mandó quien me reconociera

el brazo y viera si estaba bien atado, porque no me aconteciese, por descuido, lo que a muchos otros, que soltándose la venda, perdieron la vida.

Todo esto era usar de compasión y misericordia con los enfermos, pero no le faltaba la severidad con ellos cuando el caso lo requería.

IX.

OTRAS CUALIDADES Y SUCESOS DE SAN IGNACIO

MUCHAS son las cosas en que podemos ver la constancia, fortaleza y grandeza de ánimo de este insigne varón. Estando muy enfermo y de graves dolores atormentado, nunca se le oyó un gemido ni se vió en él señal de decaimiento, sino que, por lo contrario, permaneció siempre sereno y con palabras blandas pedía que se le aplicasen los remedios necesarios. En una ocasión, sufrió tres días un grandísimo dolor de muelas, sin decir a nadie que lo tenía. Otra vez, estando malo de la garganta, y cosiendo un Hermano una venda con la que le envolvía el cuello, en un descuido que tuvo, le pasó la oreja de parte a parte.

Y el Padre, sintiendo el pinchazo, le dijo con gran paz y sosiego estas solas palabras:

--Mirad, Hermano, lo que hacéis.

Pero ¿qué maravilla es que soportara con paciencia el pinchazo de una aguja, siendo ya Capitán de la milicia de Cristo, él que siendo soldado de la vanidad humana con tanta fortaleza sufrió que le cortaran los huesos de una pierna?

Una de las cosas en que más se mostró la alteza de miras y fortaleza de ánimo del Padre, era en su firmísima confianza en Dios y en el hacer muy poco caso del dinero. Por lo cual, nunca por verse pobre y con necesidad dejó de recibir a ninguno que fuese bueno para la Compañía y que creyese era enviado por Dios. Para esto citaba con frecuencia las palabras del Profeta: "Sirvamos nosotros a Dios, que Él mirará por nosotros y no nos faltará nada", "Esperemos en Dios, haciendo lo que debemos, y seremos en sus riquezas apacentados".

Como algunos, no sólo de los de fuera, sino de los de casa, se maravillaban y deseaban saber en qué estribaba su confianza para sustentar a tanta gente en Roma sin tener rentas, y como un Padre familiarmente

se lo preguntase, explicóle el Santo las esperanzas que tenía y los socorros que esperaba.

—Pero Padre —arguyó aquél—, todo esto es incierto; y aunque fuese cierto, todo es poco para lo que es menester.

Entonces le replicó el Padre Ignacio:

—¡Oh, Padre, de algo me tengo yo que fiar de Dios! ¿No sabéis cuántas fuerzas posee la esperanza en Dios y que la esperanza no tiene lugar cuando todo sobra y está presente? Porque la esperanza de lo que se ve, no es esperanza, y lo que se tiene, no se espera.

Y así, sin duda, le aconteció muchas veces, que de esperanza en esperanza se sustentó su pobreza. De esta confianza en Dios dejó muchos y esclarecidos ejemplos, algunos de los cuales contaremos, y por ellos se sacarán los demás.

Estando una vez en gran aprieto la ciudad de Roma, a causa de la guerra que se hacía en tiempos del Papa Paulo IV, y siendo el parecer de algunos Padres que se repartiera parte de la gente por los colegios de Italia, por no haber con qué sustentarla en la casa, mandó Ignacio llamar a un excelente arquitecto, que se llamaba Antonio Labaco y tenía un hijo en la Compañía y se puso a tratar con él la manera de adquirir dos

solares y construir en ellos el primer Colegio y el Colegio Germano, sin contar entonces con más recursos que su confianza en Dios. Sucedía esto en el año 1555 y era tanta la miseria que había en Roma, que aún los hombres ricos y los señores principales despedían parte de sus criados y parientes por no poder alimentarlos. No obstante, en la casa de la Compañía vivían más de ciento sesenta personas y de tal manera Dios, Nuestro Señor, los proveía de todo lo necesario, que muchos lo tenían por milagro. Uno de los Padres, viendo esto, manifestó cierto día que aquello era milagroso. A lo que el Santo, con rostro algo severo, como solía en tales casos, replicó:

—¿Qué milagro? Milagro sería si así no fuera, porque después que la Compañía se asentó en Roma, siempre hemos visto que cuando más gente ha habido en la casa y más carestía de lo necesario en la ciudad, más abundantemente nos proveyó de todo Nuestro Señor.

Otra vez, muerto el Padre Codacio, que solía ser todo el sustento temporal de la casa, y estando en Cónclave los Cardenales, que ayudaban con sus limosnas a la Compañía, algunos Padres, que miraban esto con ojos humanos, temían que iban a morir de hambre. Mas el santo Padre, no sólo no perdió el ánimo de

sustentar a los que tenía en casa, sino que recibió a otros muchos que pidieron entrar en la Compañía, lo que dejó asombrados a los que conocían la gran estrechez y pocas probabilidades que había en la casa. Pero este asombro cesó a causa de otra cosa que causó más asombro todavía.

Juan de la Cruz, que era el comprador, Hermano lego y hombre muy sencillo y devoto, volvía una tarde, ya anochecido, de San Juan de Letrán a la casa, y llegando al anfiteatro que llaman el Coliseo, le salió al camino un hombre que, sin decirle palabra, le puso en la mano cien coronas de oro. Alteróse mucho el Hermano y se le erizaron los cabellos, porque el hombre súbitamente desapareció.

Otra vez, yendo el mismo Juan de la Cruz una mañana a comprar, encontróse con un hombre que le entregó una bolsa llena de ducados, al cual, por no ser aun bien de día, no pudo conocer. Sobresaltóse el Hermano, y temiendo fuese algún demonio que quería engañarlo, entró en Santa María de la Minerva, que estaba allí cerca, a hacer oración, suplicando al Señor que si aquello era tentación de Satanás, lo librase de sus asechanzas. Traído el dinero a casa, creyeron algunos que era falso y hecho por arte del demonio; mas

hallóse que era moneda buena y de oro fino y con ella pagáronse las deudas.

Así como era animoso para emprender cosas arduas y dificultosas, así era constante en las que emprendía y de esta constancia había muchas causas. La primera, el pensar las cosas con gran atención y considerarlas y madurarlas antes de emprenderlas. La segunda, la mucha oración que hacía y las lágrimas que derramaba, suplicando a Nuestro Señor que le favoreciese; y era esto de tal manera, que estaba muchas veces con el resplandor de la divina gracia, tan seguro de la voluntad de Dios, que no había ninguna cosa que de su propósito lo apartara. La tercera, que en las cosas que trataba, pedía parecer a otras personas, y después de haberlas oído, determinaba lo que debía hacer. Y tomando la resolución con tanto acuerdo, ejecutábala con fortaleza y proseguíala con perseverancia.

Largo sería si quisiéramos contar una por una todas las cosas en que el Santo Padre mostró constancia y fortaleza admirables. Basta decir que fué en los altos pensamientos que tuvo, excelente, y en acometer cosas grandes, extremado; en resistir a las contradicciones y dificultades, fuerte y constante, y que nunca se dejó vencer ni desvió un punto de lo que una vez compren-

día era para mayor gloria de Dios, aunque se le opusieran todos los hombres del mundo juntos.

En cuanto a su prudencia y discreción en las cosas espirituales, diremos que le comunicó Dios singular gracia en pacificar y sosegar conciencias perturbadas; y esto en tan alto grado, que muchos que venían a él por remedio y no sabían explicar sus enfermedades, él les aclaraba lo que allá, dentro de su alma, sentían y no sabían decir, dándoles el remedio. Y era comúnmente contarles alguna cosa semejante de las que por él habían pasado o que él había experimentado, y con esto les descargaba la conciencia y los dejaba consolados.

Había en París un sacerdote, religioso de vida muy disoluta y profana, y muy contrario al Padre Ignacio, el cual había procurado con todas sus fuerzas desviarlo de aquel mal camino. Pero hallaba las puertas tan cerradas, que no sabía por dónde entrarle. Cierto día determinó hacer lo siguiente: Fuése un domingo a comulgar, como solía, a una iglesia que estaba cerca de la casa en que vivía el sacerdote; entró en su casa, y aunque lo halló en la cama, rogóle que le oyera en confesión, porque quería comulgar y no hallaba confesor a mano. Turbóse al principio el sacerdote; pero, al

fin, pareciéndole que no podía negarle lo que le pedía, aunque de mala gana, decidióse a confesarlo.

El Padre, después que se hubo descargado de culpas cotidianas, dijo que también quería acusarse de algunos pecados de su vida pasada. Y comenzó a confesar las flaquezas de su mocedad y las ignominias de su pasada vida, con tanto dolor y sentimiento, y con tantas lágrimas, que el confesor, viendo la compunción del penitente, vino a compungirse él, y a llorar sus culpas con la amargura de corazón con el que tenía a sus pies, lloraba las suyas. Porque con las luces que tenía del Cielo, ponderaba con gran encarecimiento cuán grande era la misericordia de Dios, a quien él había ofendido, y cuánta su vileza y miseria, que le había ofendido; cuán dulce y liberal había sido Dios para con él, y, por lo contrario, cuán desconsiderado había sido él para con Dios. Y decía esto con unos sollozos que le salían de las entrañas, y con tan grande pesar de corazón, que apenas podía hablar.

Viendo el confesor que en la vida pasada de San Ignacio se retrataba su vida presente, y considerando el dolor que tenía de lo que, siendo mozo y seglar y liviano, había hecho contra Dios antes de tener la luz de su conocimiento, y que no habían bastado las peni-

tencias de tantos años, tan ásperas, para que dejase de tener aquel peso de dolor y sentimiento de sus pecados, entendió que tenía él más causa de llorar, como sacerdote y religioso, sus malas costumbres y el escándalo que con ellas daba. Y con esta consideración abrió la puerta al rayo de la divina luz para que entrase en su corazón, trocándose de tal manera los sentimientos de su alma, que vino a amar y reverenciar al que primero aborrecía y abominaba, y a desear de todo corazón enmendarse de sus errores. Y así, volviendo la hoja, hizo los Ejercicios espirituales, dándoselos el mismo Padre Ignacio, y luego comenzó a hacer penitencia de sus pecados, y a vivir tan religiosa y castamente, que dió con su mudanza no menos edificación, que antes había dado escándalo. Desde entonces tuvo a Ignacio por maestro y padre de su alma, y como a tal le amó y reverenció.

No estimaba ni medía lo que cada uno había aprovechado en el camino de Dios por lo que parecía exteriormente, sino por el ánimo que tenía y por el fruto que salía de él y no pesaba los quilates de la virtud por la blandura natural y buena condición que algunos tienen, sino por la fuerza que cada uno se hacía peleando contra sí y por la victoria que alcanzaba

sobre sí mismo. Y distinguía con perspicacia suma los movimientos de la naturaleza y de la gracia. Así, a un Hermano que estaba en la casa de Roma y era de temperamento muy vivo y vehemente, amonestándolo el Padre Ignacio para que se venciese y reprimiese, le decía:

—Venceos, Hermano, venceos, que si os vencéis, tendréis más gloria en el Cielo que otros que son más dóciles y tienen menos que vencer.

Otra vez, diciendo el Padre Ministro de la casa de Roma, que el mismo Hermano era inquieto y poco mortificado y obediente, el Padre Ignacio, pesando la cosa, no con el criterio de la gente común, sino con el de la verdad y espiritual prudencia, le dijo:

—No os enojéis, Padre, porque si he de decir verdad, yo creo que ese Hermano que a vos os parece tan vivo y desasosegado, ha hecho más fruto en su alma y ha aprovechado más en la mortificación durante estos seis meses, que Fulano y Zutano en un año entero.

Y nombró dos de los Hermanos de los más apacibles y modestos de la casa, que eran tenidos por espejo de todos. Por lo que se ve que no miraba el Padre la apariencia de fuera, ni aquel natural blando y dulce

condición de los Hermanos, para medir por ellas el aprovechamiento verdadero del espíritu, sino que estimaba de una manera cierta y no engañosa, que es la fuerza que cada uno hace para vencerse a sí mismo y dominar su propia rebeldía, la más meritoria a los ojos de Dios.

Quería y estimaba más a un hombre simple, lleno de espíritu y amor de Jesucristo, que a un letrado menos perfecto; pero ponía mayor cuidado en conservar al letrado o a los que tuvieran algún señalado talento, por el provecho que éstos pueden reportar a los prójimos.

Puso gran cuidado en que se estimase en la Compañía el verdadero sentido de la oración y mortificación, y que se midiese con la regla cierta del verdadero aprovechamiento, y no con la incierta y dudosa que suele engañar a los ignorantes y deslumbrarlos con su falso resplandor, como se verá por lo que sigue.

En el año 1553, un Padre de la Orden de Santo Domingo, que se llamaba fray Reginaldo, varón anciano y de mucha autoridad y amigo de la Compañía, vino un día, que fué en el mes de mayo, a visitar al Padre Ignacio; y entre otras cósas que le dijo, fué una que en Bolonia, en un monasterio de monjas de su

Orden, había una religiosa de maravillosa virtud y de extremada y subida oración, la cual muchas veces se arrobaba y perdía los sentidos, de manera que ni sentía el fuego que se le aplicaba y otros tormentos que le hacían cuando estaba en éxtasis, y que en todo y por todo parecía muerta, sino que era para obedecer a su Superiora, porque en oyendo la voz de su Prelada o de otra que en su nombre la llamase, se levantaba al momento. Añadió aun que tenía algunas veces señales de los misterios de la Pasión de Nuestro Redentor Jesucristo en sus pies y en sus manos, y abierto el costado y que de la cabeza le goteaba sangre como si hubiera sido traspasada con espinas. Lo cual, manifestaba el buen Padre, no creyendo en lo que otros le decían, él mismo lo había querido ver y tocar con sus manos. Después de esto preguntó a nuestro Padre qué le parecía, porque él no se atrevía del todo a tenerlas por buenas ni tampoco a reprobarlas. Y San Ignacio respondió estas palabras:

—De todo lo que ha contado Vuestra Reverencia, no hay cosa que tenga menos sospecha y peligro que lo que ha contado de su pronta obediencia.

Más tarde, preguntándole varios Hermanos al Padre Ignacio qué era lo que opinaba de lo que fray

Reginaldo le había referido, respondió que era propio de Dios, Nuestro Señor, influir en las almas e imprimir en ellas sus dones y santificarlas con la gracia. Lo cual hacía a veces con tal abundancia, que brotaba y salía afuera, manifestándose al exterior la plenitud de lo que el alma recibía dentro de sí; pero que esto ocurría muy pocas veces; y que el demonio, como no tiene poder para obrar en la misma alma, con falsas apariencias que imprime en los cuerpos, suele engañar a las ánimas livianas y amigas de la novedad. Y así, súpose que aquella monja de Bolonia no tuvo buen fin y que se convirtió en humo toda aquella llama con que a los ojos de los demás resplandecía.

Para curar los vicios y pasiones, usaba de distintos procedimientos y aun contrarios, porque a unos los curaba con suavidad y blandura y a otros con severidad y rigor, y por muy arraigados que estuvieran, él los desarraigaba. Uno de los usos que tenía era éste: Al que quería enmendar, le ordenaba que examinara muy a menudo su conciencia, particularmente en el vicio o defecto que quería enmendar, y esto a ciertas y determinadas horas. Y para que no se olvidara, que todos los días, antes de comer y acostarse, diese cuenta a alguna persona de su confianza de si había hecho

el examen y cómo y cuándo lo había hecho. Otro modo era que el que quisiese enmendarse de alguna falta tuviese cuenta en observar y amonestar a otros que tuviesen la misma falta y que esos otros hiciesen lo mismo con él.

Decía que la virtud y santidad de la vida son mucho y valen mucho para con Dios, pero que no basta para regir a otros la santidad sola, y que es menester acompañarla con la prudencia. Decía también que no hemos de mirar solamente lo que pide el celo fervoroso que algunos tienen de la gloria de Dios, sino que este mismo celo se ha de regular con el provecho de los prójimos. Porque entonces será verdadero celo y agradable a Nuestro Señor, si sirviere al bien de muchos, y si mirando a Dios y buscando su gloria, se dejare alguna vez al mismo Dios en Sí para hallarle en los prójimos, conforme a lo que el mismo Señor dijo: "Misericordia quiero yo y no sacrificio". Y en otro caso: "Si tuvieres tu ofrenda y estuvieres ya delante del altar y allí se te acordare que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja la ofrenda y ve a pedir perdón a tu hermano y después vuelve a ofrecer a Dios lo que querías". Así que muchas cosas hemos de hacer y otras dejar de hacer por el bien y

provecho de los hombres, que es el provecho y bien de Dios.

En París había un doctor teólogo, al cual deseó mucho el santo Padre ganar y traerle al conocimiento y amor perfecto de Jesucristo, y habiendo recurrido para ello a muchos medios sin provecho ninguno, fué un día a visitarle a su casa con un compañero, que era el que contó lo que aquí se escribe. Halló al doctor que pasaba el tiempo jugando al juego de los trucos, el cual, al ver a Ignacio, o para excusarse de lo que hacía o para retenerlo en su casa, le pidió con mucha insistencia que jugase con él, pues Dios lo había traído oportunamente. Excusóse el Padre, diciendo que ni sabía jugar a aquel juego, ni era ocupación que le atrajese. Insistió el doctor en su invitación, e hizo tanta fuerza, que al fin le dijo Ignacio:

—Yo jugaré con vos y haré lo que me pedís, pero con una condición: que si vos me ganáis, yo haré por treinta días lo que vos queráis, y que si yo os gano, haréis vos lo que yo os pida por otros tantos días.

Plugo esto al doctor y comenzaron a jugar. Sucedió entonces que el Padre, que nunca había visto tal juego, comenzó a jugar con tal destreza, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa, no dejando al doctor ga-

nar ni una sola mano, al cual, de rato en rato, le decía el compañero:

—Señor doctor, éste no es Ignacio, sino el dedo de Dios, que obra en él para ganarnos para Sí.

Al fin perdió el doctor y a ruegos del santo Padre, dió de mano a todos los otros cuidados y se recogió por unos treinta días, haciendo los ejercicios espirituales con tan gran provecho, que a todos dejó admirados.

Ordenaba muchas cosas que, por ser las causas que lo movían ocultas, parecía a algunos que iba descaminado; pero el resultado de estas cosas mostraba con cuanto espíritu de prudencia se gobernaba y cómo aplicaba el remedio antes de la enfermedad. Esta soberana prudencia que tenía en todas las cosas, le nacía de la abundante luz y resplandor del Cielo con que su alma era ilustrada, por la cual parece que, no solamente veía lo presente, sino que Nuestro Señor le descubría lo por venir, como se puede sacar de lo que aquí se dice.

Cuando en el año 1540 dijo a don Pedro Mascareñas, embajador del Rey de Portugal: "Si de diez Padres que somos, van seis a la India, ¿qué quedará para el resto del mundo?" parece que sabía que aquella

semilla se había de derramar por toda la tierra. Y el año 1549, añade Rivadeneira, me dijo a mí estas palabras:

—Si vivimos diez años, Pedro, veremos grandes cosas en las Compañías. ¿Si vivimos? Si vivís vos, porque yo no pienso vivir tanto.

Y así fué, porque él no vivió los diez años, sino siete aun no cumplidos; y en el transcurso de los diez años que él señaló, fué maravilloso el progreso y fruto que hizo la Compañía.

En el tiempo que el Padre Ignacio estaba en Alcalá y andaba pobre, descalzo y desconocido, un caballero mozo, haciendo burla de él, dijo delante de otros:

—Quemado sea yo, si éste no merece ser quemado.

A lo que respondió el Padre con modestia:

—Pues mirad no os acontezca lo que decís.

Y ocurrió al poco tiempo que aquel caballero murió quemado, a consecuencia de un barril de pólvora que tenía en su casa para una fiesta y en el cual prendió el fuego.

En el año 1541, estando un novicio, llamado Esteban Bareolo, deshauciado de los médicos, celebró el Padre Misa por él en San Pedro Montorio, y acabada la Misa dijo:

—No morirá esta vez Esteban.

Y así fué que no murió de aquella enfermedad.

Decía siempre que el oficio del buen religioso no es meter a los hombres en palacio, sino sacarlos de él y traerlos a Cristo. Y así, cuando algún seglar le pedía que intercediese por él con algún príncipe, respondía estas palabras:

—Yo, hermano, no conozco Señor, ni mayor ni menor que el que para mí he elegido. A éste si queréis servir y habitar en su morada, de muy buena gana os ayudaré con todas mis fuerzas.

Con ser muy liberal en dar limosna a los pobres que se la pedían, pese a la mucha estrechez que había en su casa, no quería que a hombre que hubiese apostatado, dejando la religión, se le diese ni un mendrugo, a no ser que fuera para volver al hábito que había dejado. Porque decía que se habían de resistir las tentaciones de Satanás, no favoreciéndolo en sus propósitos; y trabajaba muy de veras y deseaba que trabajaran los suyos, para reducir a la bandera de Cristo a estos soldados fugitivos.

Decía que se había de huir de la familiaridad de todas las mujeres y no menos de las que son espirituales o que lo quieren parecer, especialmente de las que

son más peligrosas, bien por su edad o por el estado en que viven. Porque en estas conversaciones suelen los hombres quemarse o chamuscarse, y si no sale llama, a lo menos hay humo. Pues es verdad lo que dice el Espíritu Santo que la polilla sale de la vestidura y la maldad del hombre de la ocasión de la mujer.

BREVE SEMBLANZA DE SAN IGNACIO

Fué de estatura mediana, más bien pequeña, habiendo sido sus hermanos todos altos y apuestos. Tenía el rostro autoritario, la frente ancha y despejada, los ojos hundidos y arrugados los párpados por las muchas lágrimas que continuamente derramaba. Su nariz era alta y combada y su tez de un color mate, que, con la calva, le daba un venerable aspecto. El semblante "era alegremente grave y gravemente alegre, de manera que con su serenidad alegraba a los que lo miraban, y con su gravedad los componía", como dice uno de sus biógrafos. Rengueaba un poco de la pierna derecha, pero sin fealdad, pues con la moderación que él guardaba al andar, no se echaba de ver. Esta pierna le quedó siempre débil, a causa de la herida de que hablamos al principio, y tan sensible, que por muy

ligeramente que la tocaran, siempre sentía dolor. Por lo cual es aún más maravilloso que haya podido hacer a pie tantas y tan largas jornadas.

En su juventud fué de grandes fuerzas y de salud excelente; pero gastóse con los muchos ayunos y penitencias, que le acarrearon enfermedades y gravísimos dolores de estómago. Comía muy poco, y esto que comía era siempre ordinario y de lo peor, pues de tal modo había perdido el sentido del paladar, que ninguna sensación le producían los alimentos. Era asombrosa su resistencia para el hambre, habiendo pasado algunas veces hasta tres días seguidos sin comer; y en una ocasión permaneció una semana entera sin gustar ni un bocado de pan ni una gota de agua. Insignes médicos que lo reconocieron, afirmaron que no era posible que un cuerpo tan gastado y consumido viviera tanto tiempo sin un poder sobrenatural. Su vestido fué siempre pobre y humilde, pero limpio y aseado; porque aunque amaba la pobreza, nunca le agradó la suciedad.

X.

MUERTE DE SAN IGNACIO

Viendo el Padre Ignacio cómo después de la bula del Pontífice Julio III la Compañía se extendía y propagaba por todo el mundo y cómo su gobierno se hacía cada vez más delicado y trabajoso, llamó a Roma a los principales Padres, que se hallaban diseminados por provincias y los mandó reunir en un lugar determinado. Después de esto, les envió una carta, en la que de todo su corazón y por mil razones, les rogaba por el amor de Dios que lo descargasen del peso del gobierno, para el que se consideraba totalmente inútil, deseando vivamente más obedecer que mandar.

Leída la carta por los Padres, todos unánimemente la elogiaron, maravillados de la modestia y humildad

que en ella resplandecía. Pero, con todo, acordaron y mandaron a decirle que, en conciencia, no podían acceder a lo que en la carta les pedía, y que mientras él viviese no tendría la Compañía otro General, pues a él consideraban por maestro y guía de todos. En otra ocasión quiso también renunciar a su elevado y penoso cargo, para entregarse con libertad a la contemplación de Dios y gozar a solas del Sumo Bien; lo que dejó de hacer porque le fué dicho que la Compañía nunca consentiría que otro la gobernase, mientras Dios le diese a él vida.

En este tiempo, que fué el año 1551, cayó Ignacio atacado por una grave enfermedad; y como pensase que quería el Señor librarlo de la cárcel de su cuerpo y llevarlo a su divina gloria, era tanta la alegría que sentía que no podía reprimir las lágrimas, siendo preciso que los Padres le rogasen y los médicos lo amonestasen para que se distrajese de aquellos santos y encendidos deseos.

Perdida la esperanza de descargarse del peso de su oficio y ya libre de su nueva enfermedad, creyendo que era ésta la voluntad de Dios, se entregó con más ahinco al gobierno de la Compañía, aplicándose especialmente a perfeccionar las cosas que tenía comen-

zadas. Y lo primero que hizo fué darle reglas y constituciones con que se gobernara en lo futuro.

Hoy día existe un cuaderno escrito de su mano, que se halló después de su muerte en una arqueta, en el cual, tanto para ayudar su memoria como para mejor acertar en lo que determinaba, anotaba cada día las cosas que pasaban por su alma mientras hizo las Constituciones, así lo tocante a las visitaciones celestiales con que Dios lo favorecía, como a la manera de pensar y ordenar lo que escribía. Por eso, dichas Constituciones resultaron una obra admirable, tenida por los hombres doctos como uno de los mejores libros que se han escrito en el mundo sobre el gobierno de las almas.

No quiso el Padre Ignacio que las Constituciones tuviesen fuerza de reglamento hasta que la Compañía las aprobase, lo cual se hizo en Roma en el año 1558, en la primera congregación general que celebró después de muerto el Santo.

Poco duraron, sin embargo, estas actividades del gran apóstol de Cristo; y escritas las Constituciones, aprobados los Ejercicios espirituales por la Santa Sede y arraigada la Compañía en diversas partes del mundo, como si hubiera dado por terminada su misión en este

valle de lágrimas, el Sumo Creador lo llamaba a su seno para ofrecerle el galardón que merecía por sus extraordinarios servicios a la causa de Dios y de la Iglesia.

Rodeado, pues, de enfermedades y afligido por la turbación y miseria de los tiempos, y abrasado en los deseos de ver a Cristo, con muchas lágrimas y vehementes súplicas, comenzó a pedir al Señor que lo sacara de este triste destierro y lo llevara a aquel lugar de descanso donde, con la libertad que deseaba, pudiera alabarle y gozar de su presencia. Porque, aunque con el esfuerzo del espíritu sustentaba las flaquezas del cuerpo, y llevaba con gran constancia y resignación los trabajos de esta vida, eran tantos sus deseos de ver a Dios y gozar de Él, que no podía de puro gozo pensar sin lágrimas en su tránsito.

Estaba en aquel tiempo Roma llena de soldados, por la guerra que había entre el Papa Paulino IV y el rey de España don Felipe II, y no se oía en la santa ciudad más que ruido de tambores y de armas, y estaba la gente llena de pavor y sobresalto. Por no ver esto tan de cerca y poder llorar a solas tan gran calamidad, salióse unos días de Roma y fué a una casa de campo. Pero allí, con los aires malsanos y los calores del estío,

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Dió su alma a Dios el postrer día de julio de 1556, una hora después de salir el sol.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

comenzó a sentirse peor de lo que solía y conociendo que ya se acercaba el término de sus días, volvió a la casa de Roma, que estaba a la sazón llena de enfermos, a los cuales los médicos visitaban, no haciendo caso de la del Padre Ignacio, por creer que era la ordinaria y sin peligro.

Mas él, que mejor que los médicos sabía lo que el Señor tenía determinado, confesó y comulgó y preparóse para la muerte, aunque siempre estaba preparado y deseoso de ella. El día 30 de julio, a eso de las tres de la tarde, llamó al Padre Juan de Polanco, del que se había servido durante nueve años en el gobierno de la Compañía, y cuando estuvo solo con él, le dijo con gran sosiego:

—Ya se llega la hora, Maestro Polanco, de mi partida de este mundo. Id a Su Santidad y pedidle en mi nombre su bendición, y con ella, indulgencia plenaria para mis pecados. Decidle también que si yo, como lo espero de la infinita misericordia de Dios, me viere en su santa gloria, no me olvidaré de rogar por Su Paternidad, como lo he hecho siempre, aunque he tenido necesidad de rogar por mí.

Con grandes muestras de dolor, envióle su bendición el Sumo Pontífice. Mas no sabían los Padres que es-

taban en la casa de Roma qué hacer en caso tan dudoso. Porque, por una parte, la enfermedad no parecía grave, y los médicos, habiéndole visitado, no manifestaban ningún temor, y aún hubo alguno que juzgó al Padre de aprensivo y temeroso de la muerte. Pero, por otra, los ponía en cuidado las palabras del mismo Padre, y el haber mandado a pedir la bendición de Su Santidad; lo cual les parecía que no podía ser sin mucho fundamento y certidumbre de su muerte. En fin, después de consultar entre sí, acordaron esperar a la mañana, para ver lo qué debía hacerse.

Vuelven al amanecer y lo hallan casi expirando. Quieren suministrarle una sustancia para reanimarlo, y él les dice que ya no es tiempo. Y con las manos levantadas, fijos los ojos en el cielo y llamando con la lengua y con el corazón a Jesús, dió su alma a Dios el postrer día de julio de 1556, una hora después de salir el sol.

Murió San Ignacio a los sesenta y cinco años de su vida y a los treinta y cinco de su conversión, tiempo este último que vivió en suma pobreza, en penitencias continuas y peregrinaciones, estudios de letras, persecuciones, cárceles y trabajos sin cuenta. Lo cual todo sufrió con alegre y pasmosa constancia por amor de Jesucristo, que le dió la victoria e hizo triunfar de

todas las tentaciones del demonio y adversidades provocadas por sus enemigos. Vivió dieciséis años después de confirmada la Compañía por la Sede Apostólica, y en este espacio de tiempo la vió multiplicada y extendida casi por toda la redondez de la tierra, como ya se ha dicho.

Su cuerpo fué depositado en un humilde túmulo, el primer día de agosto, a la derecha del altar mayor de la Iglesia de Roma, en donde permaneció hasta que, terminado el suntuoso edificio que el Cardenal Alejandro Farnesio mandó construir en la casa profesa, fué trasladado a él el cuerpo del Santo, en el año 1587, a 19 de noviembre, día de San Ponciano, Papa. Colocáronlo en una bóveda a la derecha del altar mayor, con una piedra lisa que cubre el sepulcro y en la pared, una lápida de mármol negro, con una inscripción en latín, que traducida dice:

"D. O. M."

A Ignacio
fundador de la Compañía de Jesús
como a su amantísimo Padre
pusieron esta memoria sus hijos en Cristo
el primer día de agosto.
Durmió en el Señor a los 65 años de su edad
y a los 16 después que la Santa Sede
confirmó su Religión
y el año 1556 de nuestra Redención

Así fué Ignacio de Loyola y así fué su vida.

Canonizó a San Ignacio el Papa Gregorio XV, juntamente con su discípulo San Francisco Javier, Apostól de las Indias, en el año 1622.

XI.

ORGANIZACION DE LA COMPAÑIA DE JESUS

A la muerte del Papa Paulo III, que fué el primer Pontífice que con autoridad apostólica confirmó la Compañía, el Padre Ignacio rogó a su sucesor Julio III tuviera a bien ratificar lo que su antecesor había hecho, lo que ocurrió en el año 1550. Este Pontífice, viendo la gran utilidad que de esta institución podía sacarse para la causa de nuestra religión, mandó expedir una bula, en la que están declarados los reglamentos y admirable organización de la Compañía. De esta bula, que por su extensión no podemos dar íntegramente, reproducimos una parte, tomándola de lo que dejó escrito el Padre Rivadeneira, compañero y discípulo de San Ignacio.

"La Compañía de Jesús —dice Rivadeneira—, llama-

da así desde su primera institución y confirmación, es religión, no de monjes ni de frailes, sino de clérigos regulares, como lo dice el santo Concilio de Trento. Su vida no es solamente activa, ni puramente contemplativa, sino mixta, pues que abraza justamente la acción de las obras espirituales, en que se ejercita, y la contemplación, de donde sale su buena y fructuosa acción. El fin a que se dirige todo lo que hace es la salvación y perfección propia y de los prójimos. La salvación consiste en la guarda de mandamientos, y la perfección en seguir los consejos de Cristo, Nuestro Señor. Y la una y la otra consisten principalmente en la caridad; y así, ella es la regla con que la Compañía mide, y el nivel con que nivela todo lo demás. Los medios que toma para alcanzar este fin son todos los que pueden ayudar para alcanzar la caridad, y muy proporcionados al fin que pretende, como son predicar continuamente la palabra de Dios, enseñar a los niños y rudos la Doctrina cristiana, exhortar al frecuente y devoto uso de los Sacramentos, visitar a los enfermos, ayudar a bien morir, socorrer espiritualmente a los presos de la cárcel y a los pobres de los hospitales, consolar y dar alivio en todo lo que puede a las personas necesitadas y miserables, procurar poner paz entre los enemigos, y,

finalmente, emplearse en las obras de misericordia y trabajar para que se funden, aumenten y conserven en la república todas las obras de piedad y religión".

Todas estas obras tocan en su modo, tanto a los colegios como a las casas de la Compañía. Pero otras hay que son propias de los colegios, como es el ejercicio de las letras, las cuales se profesan y leen públicamente, desde los principios de la Gramática hasta lo más alto de la Teología, de manera que se junte la doctrina con la virtud, y en la juventud, que es blanda y tierna, se imprima el amor de la Religión cristiana y de todo lo bueno. Y todo esto lo hace la Compañía, no solamente en las provincias y pueblos de los católicos, sino aún mucho más entre los herejes y bárbaros, por estar más desamparados y necesitados de doctrina, y porque, como se dice en la bula, Dios, Nuestro Señor, la ha enviado a su Iglesia principalmente para la defensa y propagación de nuestra fe.

Este es el fin de la Compañía y de sus ministros, y de él se puede sacar en lo que se ha de estimar su instituto y el de las otras congregaciones que tienen este mismo fin y se ocupan en estas o en semejantes obras de caridad. Pues tanto es más perfecta y excelente una institución, como dice Santo Tomás, cuan-

to es más perfecto y más universal el fin y blanco que tiene, y cuantos más y mejores y más acertados los medios que toma para alcanzar éste su más perfecto fin.

Sigue, además, la Compañía en el comer y vestir una manera de vida común y moderada, como de pobres, mas bastante para sustentar la flaqueza humana y la miseria de nuestro cuerpo. Y no tiene hábito particular, sino que el suyo es el común de los clérigos honestos de la tierra donde ella vive, en lo cual procura siempre que se eche de ver la modestia y pobreza que a religiosos conviene. Y así, el no haber tomado hábito propio y particular, ha sido porque la Compañía, como se ha dicho no es institución de frailes, sino de clérigos. Y porque habiendo necesariamente que tratar con herejes y con otra gente desalmada y perdida, que, por sus maldades y corrupción, desprecia y aborrece el hábito de la religión, le ha parecido que podrá tener mejor entrada para desengañarlos y ayudarlos no teniendo ella ningún hábito señalado y distinto del común.

Y tampoco tiene asperezas y penitencias corporales ordinarias que obliguen a todos por razón del instituto, por acomodarse a la complexión, salud, edad y fuerza de cada uno de los que a ella vienen, y ponerles delante

una manera de vida que todos, sin excepción, puedan seguir, y porque tiene otras asperezas y cargas muy pesadas interiores, las cuales son más y mayores que las que por fuera parecen. Y no por eso deja de estimar y alabar la fuerza que tienen, y la necesidad que hay de estas penitencias y asperezas corporales, las cuales reverencia en las otras sagradas congregaciones, y ella las toma para sí cuando lo pide la necesidad o utilidad. Y esto es de manera que, o los Superiores las den o los súbditos las tomen por su voluntad, con parecer y aprobación de los Superiores. Lo cual se hace con tal fervor, que, por gracia de Dios Nuestro Señor, tienen sus hijos necesidad, no de quien los estimule, sino de quien la lleva a la mano.

Y estando la Compañía ocupada en tantas obras y tan diversas, y de tanta importancia para la salvación de las almas, que son todas propias de su instituto, no tiene coro, ordinariamente, en donde se canten las horas canónicas. Porque no es de esencia de la religión el tener coro, de manera que no pueda ser religión la que no tiene coro. Pues como enseña muy bien Santo Tomás, puédense instituir y fundar congregaciones para varios fines y para diversas obras de misericordia y piedad, en las cuales los que se ejercitan, aunque no

tengan coro, serán tan propiamente religiosos como los otros que lo tienen, y cada día cantando en él, alaban al Señor.

Porque (como lo declaran los Santos Padres) es cosa más excelente despertar los corazones de los hombres y levantarlos a la consideración de las cosas divinas con la predicación y doctrina, que con el canto y la música.

Y porque para ejercitar como se debe los ministerios que hemos dicho, es necesario, lo primero, mucha virtud y también un buen natural, y más que medianas letras, y una buena gracia para tratar y conversar con los hombres, y ser entre ellos de buena opinión y fama, no recibe la Compañía ningún hombre que no sea honrado o que tenga mancha, según el derecho Canónico y civil; ni gente que se piense ha de ser inconstante en su vocación, y, finalmente, ninguno que haya traído hábitos de cualquier otra institución, porque desea que cada uno siga el llamamiento del Señor, y que perservere en la vocación a que ha sido llamado, y que todas las religiones sagradas crezcan cada día más y florezcan en la Santa Iglesia en número y fruto y verdadera gloria en el Señor. Y así, solamente recibe los que, con mucho examen, entiende que son llamados y

traídos de Dios a su instituto, y que por esto pueden ser para él provechosos.

Estos tales son en una de las cuatro maneras: La primera es de hombres ya hechos y consumados en letras, los cuales, después de haber acabado sus estudios, tocados de la mano de Dios, desean dedicarse totalmente a su servicio y emplear en esta Compañía, para beneficio y provecho de las almas, todo lo que aprendieron en el siglo. La segunda es la de los que con entereza de vida y suficiente doctrina, se reciben para que, conforme al talento que les comunicare el Señor, ayuden en los ministerios espirituales a los profesos. La tercera es de mozos hábiles y de buenos ingenios y esperanzas, los cuales se reciben, no porque hayan estudiado, sino para que estudien y aprendan las letras que son menester para aprovechar a los otros. La cuarta es de algunos Hermanos legos o coadjutores, los cuales, contentándose con la dichosa suerte de Marta, sirven a Nuestro Señor ayudando en los oficios comunes de la casa, y descargan a los demás de este trabajo, para que, desocupados, puedan mejor atender a los ministerios espirituales.

Todos los de estas cuatro suertes que hemos dicho tienen dos años de noviciado, en los cuales no tienen

obligación de hacer voto ninguno, sino de probarse y probar la institución. Y este tiempo que se toma para la aprobación, más largo que el de otras congregaciones, se usa, además de ser muy provechoso para los que entran, que pueden mirar bien lo que hacen, para la misma religión, la cual los prueba y ejercita en la oración vocal y mental, y en la mortificación y humillación de sí mismos, dándoles muchas vueltas, y haciendo, como dicen, anatomía de ellos para conocerlos mejor y para labrarlos y perfeccionarlos más.

Y es muy conforme a la razón y a la doctrina de los Santos, y a la variedad que antiguamente hubo en la Iglesia de Dios acerca de esto, que cuanto más perfecto y dificultoso fuere el camino que se ha de emprender, se mire más y con más atenta consideración al admitirlos. Y por esto dió desde el principio la Sede Apostólica dos años para prueba, en los cuales, los Maestros de novicios y Superiores tiene gran cuidado de examinar atentamente la vocación de cada uno de los novicios, y que ellos la vean bien y se confirmen en ella.

Tienen también que estudiar las inclinaciones, habilidades y talentos de los novicios, para poner a cada uno en el oficio que más le cuadre, de manera que, con alivio y consuelo, sirvan a la gracia de Dios que

los llamó. Y puesto que les enseñan muchas cosas para encaminarlos al conocimiento de su regla y a la perfección de su instituto, principalmente son cuatro los avisos y documentos que se le dan, que son como cuatro fuentes de todos los demás, sacados del espíritu y doctrina del santo Padre Ignacio.

El primero es que busquen y procuren hallar a Dios, Nuestro Señor, en todas las cosas. El segundo, que todo lo que hicieren, lo dirijan a la mayor gloria de Dios. El tercero, que empleen todas sus fuerzas en alcanzar la obediencia, sometiendo sus voluntades y juicios a sus superiores. Y el cuarto, finalmente, que no busquen en este mundo sino lo que buscó Cristo, Nuestro Señor y Redentor, de modo que, así como Él vino al mundo para salvar las almas, y padecer y morir en la Cruz por ellas, así ellos procuren cuanto pudieren de ganarlas para Cristo, y ofrecerse a cualquier trabajo y muerte por ellas con alegría, recibiendo cualquier afrenta o injuria que les hicieren por amor del Señor, con placer y regocijo de corazón, y deseando que les hagan muchas, con tal de que ellos no den de su parte causa ninguna ni ocasión de que Dios sea ofendido. Y si por ventura algún novicio no obedece a los consejos y amonestaciones de los Superiores, o no abra-

za como debe el instituto de la Compañía, después de corregido muchas veces y amonestado, despídese de ella; porque de ninguna cosa se tiene más cuidado para conservar sano y entero este cuerpo, que de no tener en ella personas que no convengan a la institución.

Estos votos, que se hacen antes de la profesión, no son solemnes, sino simples, con los cuales se obligan los que los hacen a perseverar en la Compañía, mas no por eso queda ella obligada a tenerlos para siempre, sino que tiene libertad para despedir a los que no le convinieren, quedando ellos, cuando los despiden, libres de toda obligación.

De los cuatro géneros de personas que se reciben en la Compañía, los primeros, que son doctos en letras, hacen la profesión a su debido tiempo; los segundos, que se llaman coadjutores espirituales, son como soldados de socorro que ayudan a los profesos a llevar sus cargas, y están a todas horas preparados para el servicio del Señor. Los coadjutores temporales ejercítanse en sus oficios ayudando a los demás, para que, descuidados de este particular ejercicio, puedan mejor emplearse en lo que les toca; y los estudiantes aprenden letras, y el buen espíritu que bebieron en el noviciado procuran acompañarlo con doctrina; y en todo el tiempo de

sus estudios de tal manera se ocupan de ellos, que ni se olvidan de sí ni de la mortificación.

Esto se hace en los colegios. Porque la Compañía tiene casas y colegios entre los cuales hay esta diferencia: Las casas, o son casas de probación, en las cuales se prueban y ejercitan los novicios en la forma que hemos dicho, o son casas de profesos, en las cuales residen los obreros ya hechos, y se ocupan en confesar y predicar, y en los otros ministerios espirituales en beneficio de los prójimos. Los colegios son de estudiantes, en los cuales, aunque se tratan algunas obras de los profesos, su ocupación principal es enseñar las letras necesarias para estos ministerios.

Las casas de profesos no tienen ni pueden tener renta ninguna, aunque sea para la iglesia, ni tienen propiedades que usufructúen en particular o en común, ni pueden adquirir derechos para pedir por medio de la ley las limosnas perpetuas que les dejen, sino que viven de las que cada día les hacen. Las casas de probación y los colegios pueden tener renta en común, para que los novicios no sean gravosos a las gentes, antes de que rindan provecho y las comiencen a servir; y los estudiantes para que, teniendo asegurado su mantenimiento y vestido, no pierdan tiempo en buscarlos, sino

que se empleen solamente en aprender lo que es necesario para ayudar a los demás.

A estas casas de novicios y colegios suelen dotarlas de rentas, o bien las ciudades en donde se fundan o algunas personas y principales, a quienes Dios hace merced de servirse de ellos para este fin. Los estudiantes, terminados sus estudios, vuelven otra vez a la fragua y pasan por el crisol de nuevas pruebas, con el fin de depurarse y afinarse más, y hacerse más hábiles para ser admitidos en el número de los coadjutores espirituales o de los profesos. Estos últimos son los que tienen toda la autoridad para regir y gobernar la Compañía. De los profesos salen los Asistentes, los Provinciales, los Comisarios, los Visitadores, y el mismo Propósito general. Para lo cual es muy importante que los profesos sean varones de rara virtud, doctrina y experiencia, y que vivan llanamente con los demás, para que por su humildad y modestia sirvan de ejemplo a los otros. Los dichos profesos hacen sus tres votos solemnes de castidad, pobreza y obediencia perpetuas, como se usa en las demás instituciones religiosas, porque en esos tres votos consiste la esencia y fuerza de la congregación; pero, además, hacen un cuarto voto, que es propio y particular de la Compañía, de obedecer al

Romano Pontífice en lo tocante a las Misiones. Y ha sido inspiración de Dios el hacerse este voto en la Compañía en tiempos tan graves y de tanta calamidad, en los cuales los herejes, encabezados por Lutero, procuran con todas sus fuerzas y maquinaciones combatir la autoridad de la Silla Apostólica; pues aparte de los beneficios que de él se siguen, es grandísimo bien para la Iglesia fortificar la obediencia al Santo Padre, que la herejía pretende hoy destruir.

Para que no sólo en lo presente el gobierno de la Compañía sea el que debe ser, sino también para que se cierre la puerta a lo que más adelante pueda dañar, y se corten las raíces de la ambición y la codicia, que son la polilla y carcoma de todos las religiones, también hacen otros votos simples los profesos, prometiendo no consentir que se altere ni mude lo que está ordenado en las Constituciones acerca de la pobreza, si no fuere para estrecharla más, no pretender *directe ni indirecte* ningún cargo en la Compañía, denunciar al que supieren que lo pretende y no aceptar ninguna dignidad fuera de la congregación, a no ser que los fuerce la obediencia que deben a los Superiores.

La forma de gobierno es ésta: Hay un Propósito General, que es Superior y Padre de toda la Compañía,

el cual se elige por voto de los Provinciales y de dos profesos de cada provincia, que son nombrados en las congregaciones provinciales para ir con sus Provinciales al capítulo general. El Propósito General es perpetuo, y tiene entre todos las suma autoridad. Él, con la minuciosa información que le suministran, elige y nombra los Rectores de los colegios, los Propósitos de las casas profesas, los Provinciales, Visitadores y Comisarios de toda la Compañía. Con esto suprime la ocasión de pasiones, desasosiegos y otros inconvenientes que suele haber cuando los Prelados y Superiores se eligen por el voto de muchos. También el mismo Propósito general tiene la superintendencia de los colegios. Reparte y concede las gracias y privilegios que tiene la Compañía de la Sede Apostólica. Está en su mano el recibir en la Compañía y despedir de ella, hacer los profesos y convocar a congregación general, presidiéndola, si lo desea. Finalmente, casi todas las cosas están bajo su autoridad y mando.

Pero para que no se use mal de esta tan grande potestad, el Propósito General, además del cuidado y diligencia que se pone en escoger el mejor de todos y el que se juzgue más idóneo y a propósito para tal cargo, que es lo que humanamente puede hacerse, des-

pués de la elección de General, los mismos que lo eligieron, nombran cuatro personas de las más graves y señaladas de la Compañía, que se llaman Asistentes, para que ayuden y sirvan de consultores al General, aliviándole en los trabajos de su cargo e indicándole humildemente lo que mejor conviene para el buen gobierno y estado de la Compañía. Nómbrase también por la Compañía un Padre que se llama Admonitor, el que tiene la misión de amonestar al General cuando lo crea necesario. Porque puede suceder que el General, como hombre, caiga en algún error grave, mostrándose demasiado arrebatado o violento, malgastando y desperdiciando las rentas de los colegios o cayendo en una vida escandalosa. En estos casos pueden los Asistentes convocar a la Compañía y ordenar una congregación general (la cual, por representar a toda la Compañía está por encima del mismo General y tiene la suprema potestad), para investigar y examinar las culpas que al General se le atribuyan y, conforme a lo que se comprobare, darle la pena. Puede suceder en estos casos que el Propósito General sea privado de su oficio, y aun castigado con otras penas mayores.

Se ve en esto que el gobierno de la Compañía se asemeja mucho al de una monarquía, en la cual hay

un solo príncipe que rige y es cabeza de todos; pero también tiene mucho del gobierno que los griegos llaman aristocracia, que es el de las repúblicas en que mandan los menos y los mejores. Y así, dejando lo malo y peligroso que puede y suele haber en esos gobiernos, ha tomado la Compañía lo bueno que cada uno de ellos tiene. Porque no hay duda que el Gobierno donde hay un solo príncipe y una sola cabeza, de la cual dependen todas las demás, es el mejor de todos y el más durable y pacífico. Pero esto si el príncipe es justo, y el que es cabeza, sabio, prudente y moderado. Mas hay peligro de que éste tal se enorgullezca y desenfrene con el poder que tiene, y se guíe por sus pasiones y apetitos y no por la ley y la razón, de modo que lo que le dieron para provecho y bien de muchos, lo convierta en perjuicio y daño de ellos. Y aunque no caiga en este extremo y sea muy cuerdo y muy prudente, no es posible que un solo hombre sepa todas las cosas; y, por tanto, dice el Espíritu Santo que la salud del pueblo se halla en donde hay muchos consejeros, pues cada cual dice lo que sabe y de lo que tiene la experiencia.

Por otra parte, el gobierno de muchos tiene el peligro de que haya tantos pareceres como cabezas, y

venga por ellos a deshacerse la unidad tan necesaria para la conservación de los hombres y las repúblicas. Pues para huir de estos inconvenientes que se hallan tanto en uno como en otro género de gobierno, ha tomado la Compañía la unidad de la Monarquía, eligiendo una sola cabeza, y la parte de la república, dándole al Propósito General, Asistentes que lo aconsejen y vigilen.

"Esta es la traza y modelo —dice el Padre Rivadeneira— que con pocas palabras he podido dibujar del gobierno e instituto de la Compañía. La cual, como se puede sacar de lo que hemos dicho, aunque tiene muchas cosas esenciales que son semejantes y comunes a las de otras instituciones, tiene también otras que son propias y distintas a las de aquellas. Porque así como por ser institución religiosa, necesariamente ha de tener las cosas esenciales que tienen las demás, cuales son los votos de pobreza, obediencia y castidad, en los que consiste la naturaleza y sustancia de nuestra Religión, así también por ser instituto de clérigos, como dice el Santo Concilio de Trento, ha de diferenciarse de las otras órdenes monacales y de frailes, en lo que ellas se distinguen y son diferentes de los clérigos".

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

Pág.

I. — Primeros pasos de Ignacio 7
II. — Con el sayal del peregrino 15
III. — Su vida de estudiante 25
IV. — Albores de la Compañía de Jesús 39
V. — Contrariedades providenciales 49
VI. — Crecimiento y desarrollo de la Compañía 63
VII. — Dones y gracia del cielo 77
VIII. — Humildad y prudencia del padre Ignacio 97
IX. — Otras cualidades y sucesos de San Ignacio 109
X. — Muerte de San Ignacio 129
XI. — Organización de la Compañía de Jesús .. 139

BIBLIOTECA BILLIKEN

CON las publicaciones de esta Biblioteca, la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN *se distribuyen en tres colecciones:* 1º, COLECCIÓN ROJA: *comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal;* 2º, COLECCIÓN VERDE: *vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias;* 3º COLECCIÓN AZUL: *obras, hechos y hombres de América.*

VOLUMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

COLECCION ROJA

LA ILIADA
LA ODISEA
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
TRES OBRAS DE SHAKESPEARE
TRES DRAMAS DE CALDERON
VIAJES DE MARCO POLO
OLIVERIO TWIST, por Carlos Dickens.
CUENTOS Y APOLOGOS DE TOLSTOI
FABULAS DE IRIARTE
VIAJES DE GULLIVER
LA CABAÑA DEL TIO TOM
LOS TRES MOSQUETEROS
EL JINETE SIN CABEZA, por Mayne Reid.
TRES OBRAS DE MOLIERE
LA PIEL DE ONAGRO, de Balzac.

COLECCION VERDE

GRANDES INVENTORES
GRANDES MUSICOS
GRANDES PINTORES
SANTA TERESA
SAN FRANCISCO DE ASIS
SAN IGNACIO DE LOYOLA
CRISTOBAL COLON
MAGALLANES
HERNAN CORTES
MAHOMA
NAPOLEON
PASTEUR
JUANA DE ARCO
CABEZA DE VACA
MARTIRES DE LA CIENCIA
CARLOS V

COLECCION AZUL

LINCOLN
SAN MARTIN
BOLIVAR
350 POESIAS PARA NIÑOS
TEATRO INFANTIL
AMALIA
UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES, por Lucio V. Mansilla.
MARTIN FIERRO
EL FAUSTO de Estanislao del Campo.
MARIA, de Jorge Isaacs.
LA CONQUISTA DEL PERU
BOUCHARDO, EL HALCON DE LOS MARES
EL ULTIMO MOHICANO, de Fenimore Cooper.
LOS PIELES ROJAS

OTRAS PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL ATLANTIDA

COLECCION ANTORCHA

BIBLIOTECA DE DIVULGACION CULTURAL

Volúmenes publicados y en prensa:

ERNESTO MORALES. — SARMIENTO DE GAMBOA
CELSO CRUZ. — LA CONQUISTA DEL AIRE
PEDRO VALLE. — LOS PIRATAS
ERNESTO MORALES. — LA ATLANTIDA
J. VILLEGAS. — EL CINE

●

BIBLIOTECA DE "LA CHACRA"

Volúmenes publicados y en prensa:

1. — LA INCUBACION.
2. — RICINO, SOJA Y SESAMO.
3. — ANIMALES PILIFEROS.
4. — INDUSTRIALIZACION DEL CERDO.

Precio de cada volumen: $ 1.50 m/arg.

Pedidos por mayor y menor:
CASA ATLÁNTIDA. - FLORIDA 643. BUENOS AIRES.

